

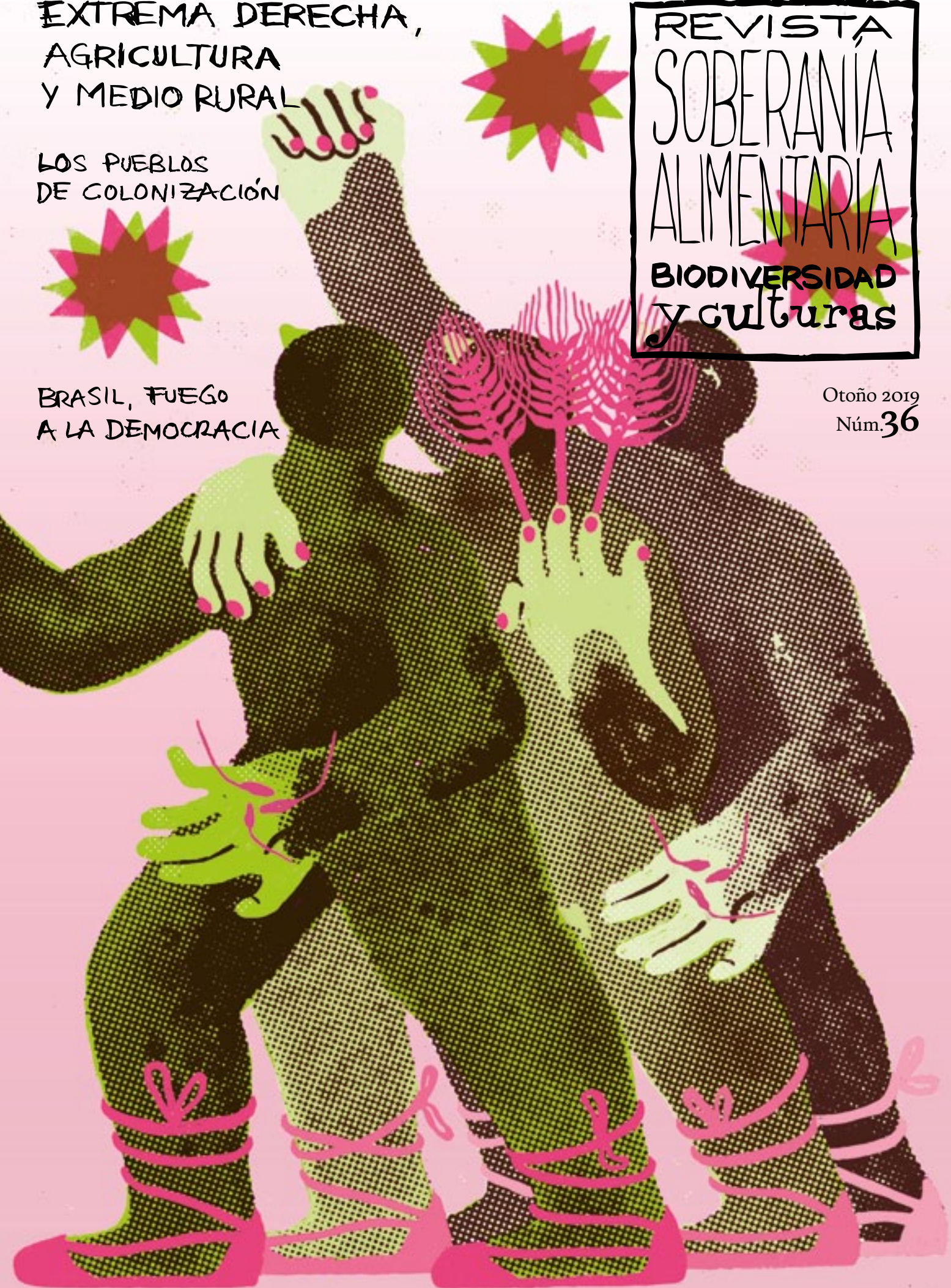
EXTREMA DERECHA,
AGRICULTURA
Y MEDIO RURAL

LOS PUEBLOS
DE COLONIZACIÓN

BRASIL, FUEGO
A LA DEMOCRACIA

REVISTA
SOBERANÍA
ALIMENTARIA
BIODIVERSIDAD
y culturas

Otoño 2019
Núm. 36



LA REVISTA ES UN ESPACIO COLECTIVO INTEGRADO POR:

- Amigos de la Tierra
- Campo Adentro
- Cátedra de Agroecología Universidad de Vic
- Catedra Tierra Ciudadana Universitat Politècnica de València
- CERAI
- COCEDER
- Ecologistas en Acción
- Entrepueblos
- Fundación Entretantos
- Garúa
- GRAIN
- Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización [ARAG-UAB] Universitat Autònoma de Barcelona
- Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. Universidade de Vigo
- Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- Justicia Alimentaria Global
- Iniciativa Comunes
- Lonxanet
- Associació de consumidors i productors La Magrana Vallesana
- Menjadors ecològics
- Mundubat
- Observatorio para una Cultura del Territorio
- OSALA
- Plataforma per la Sobirania Alimentària del País Valencià
- Postgrau de Dinamització Local Agroecològica Universitat Autònoma de Barcelona
- Red Agroecológica de Lavapiés
- Red de Semillas

- Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- Sindicato Labrego Galego
- Sociedad Española de Agricultura Ecológica [SEAE]
- Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato

Estamos en un proceso interno de cambios con el fin de visibilizar mejor las alianzas que en estos años de trayectoria hemos ido construyendo. En los próximos números veréis ampliarse esta lista.

Si quieres que tu colectivo se sume, contáctanos.

Ilustración de portada: **Eixa** es el pseudónimo que utilizo como dibujante, pero toda la gente que me conoce me dice **Isa** o **Isabel** para dirigirse a mí. Soy una enamorada de las técnicas de estampación y una alucinada de los fanzines. Formo parte del colectivo de artistas gráficos, ilustradores y autores de cómic **Vendo Oro**, que organiza el festival de autoedición gráfica y sonora **Tenderete** en València. También tengo dos proyectos radiofónicos autogestionados: **G.R.A.P.A.** y **B-analizar fanzines** junto con **Alejandro Álvarez**. Me encanta hacer talleres y he trabajado en el campo gráfico para colectivos como **A Tiro Hecho**, **Pensaré**, **La Repartidora**, **The October Press**, **Benimaclet Entra**, etc.

<https://eixaesisa.tumblr.com>

Fotografías: Agradecemos al colectivo **Rojava Azadi** las fotos que encontrarás por toda la revista sobre la revolución social de **Rojava** (Kurdistán). Estas imágenes forman parte de una exposición realizada en colaboración con la **Fundación Mujeres Libres de Rojava** (WJAR), del norte de Siria. Su objetivo es mostrar la construcción de estructuras democráticas organizativas, sobre todo, de las mujeres.

Si hay interés en solicitar la exposición, se puede contactar con rojavaazadimadrid@riseup.net.

Para más información, **Rojava Azadi** recomienda el libro **Revolución en Rojava**, de **Anja Flach**, **Ercan Ayboga** y **Michael Knap** [Descontrol editorial].

<https://rojavaazadimadrid.org>

Agradecimientos: Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarla tal y como ha quedado: **Pep Espluga**, **Nicola Duran Gurnsey**, **Irene García Rocés**, **Fidel García-Berlanga**, **Marc Badal**, **Fran Quiroga**, **Nuria Abenza**, **Perifèries**, **Ana Cabana**, **Celia Climent** [CERAI], **Guille Jové** y **Silvia Tomás**.

Os invitamos a que os comunicuéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.

Esta publicación ha contado con el apoyo financiero de:

Ajuntament de Barcelona - Justícia Global i Cooperació Internacional



Otoño 2019 Núm.36

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación para el Estado español de información, debate y reflexión sobre temáticas rurales bajo una óptica política de soberanía alimentaria. Un instrumento de pensamiento crítico hecho por las manos y para las manos de las gentes que integran los movimientos que defienden un mundo rural vivo.

COMITÉ EDITORIAL

Paul Nicholson
Jerónimo Aguado Martínez
Henk Hobbelink
Belén Verdugo Martín
Marta G. Rivera Ferre
Fernando Fernández Such
Carlos Vicente
Blanca Ruibal
Clara Grieria
Mariola Olcina
Leticia Toledo

EQUIPO EDITOR

Gustavo Duch
(gustavo@soberaniaalimentaria.info)
Patricia Dopazo
Carles Soler

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ADMINISTRACIÓN

Tomàs de los Santos

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

DIRECCIÓN POSTAL:

c/ Girona 25, principal
08010 Barcelona

WWW.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

[facebook.com/revistasoberaniaalimentaria](https://www.facebook.com/revistasoberaniaalimentaria)

[@revistaSABC](https://twitter.com/revistaSABC)

Depósito Legal B-13957-2010
ISSN 2013-7567

EDITORIAL

Espacio libre de fascismo	4
AMASANDO LA REALIDAD	
Sobre agroecología y extrema derecha en el mundo rural Ángel Calle Collado	6
El Instituto Nacional de la Colonización y la violencia infraestructural Abelardo Gil-Fournier	11
Franquismo alimentario Carles Soler	16
Brasil, fuego a la democracia Carlos Magno de Medeiros Morais y Erik Hobbelink	21
Conversatorio: «La homogeneización cultural conecta directamente con el fascismo» Revista SABC	26
DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS	
Estallidos de libertad	32
Frente al fantasma que recorre Europa, Iniciativa para una Política Rural Emancipatoria Jaume Franquesa	36
EN PIE DE ESPIGA	
Guatemala: un tribunal ético contra los monocultivos Alba Guitart	38
A pie de barco. La vía campesina de los pueblos pescadores Marcos Santamaría	42
VISITAS DE CAMPO	
¿Hacia dónde camina el Valle del Jerte? Guillem Caballero y Kike Molina	45
Entrevista a Lucía Camón, de Pueblos en Arte Patricia Dopazo Gallego	50
La transición hacia otro sistema alimentario Lola Vicente-Almazán y Mónica Herrera Gil	53
PALABRA DE CAMPO	
La necesidad de la autoorganización democrática del pueblo David Algarra	56
Producir trigo y pasar hambre de pan Jerome Aguado	58



Espacio libre de fascismo

Estos últimos meses, mientras preparábamos este nuevo número de la revista que aborda el auge fascista en clave rural, hemos ido repitiendo un eslogan que nos parece afortunado: «ruralismo o barbarie», dando un giro a la conocida expresión de Rosa Luxemburgo «socialismo o barbarie».

Esta expresión aparece recogida en su documento *La crisis de la socialdemocracia alemana*, escrito en 1915 desde la prisión. Como ella explica, «o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras».

Han pasado más de cien años, ¿estamos viviendo el escenario de barbarie que Rosa Luxemburgo predijo? Podemos afirmar que ha triunfado el imperialismo del siglo XX, el capitalismo globalizado. Basta con pensar en la emergencia climática, en el aumento de la brecha entre personas ricas y pobres, en el crecimiento imparable del comercio de armas o en que los muros (literales y simbólicos) se han multiplicado. A la vez, observamos un aumento de la represión, del odio y el resurgir del fascismo en el Estado español. Un fascismo que, como veremos en este número, tampoco se fue nunca del campo ni de la alimentación. Como decía Bertolt Brecht, «¿de qué sirve decir la verdad sobre el fascismo que se condena si no se dice nada del capitalismo que lo origina?». En esta publicación llevamos

casi diez años denunciando el capitalismo, por tanto, no podemos sino considerarnos un espacio antifascista.

Tras las elecciones del 10N, como siempre, sociólogos, politólogos y tertulianos analizan resultados, estrategias, posibilidades de gobierno y proyecciones de futuro. Todo un modelo económico, cultural, social y educativo construido alrededor de la democracia liberal representativa, que legitima a una clase política para que, solo ella, tome las decisiones. ¿Esta partidocracia tiene capacidad para resolver los problemas diarios de la gente? Desde aquí, cada vez tenemos más claro que más bien es al contrario y lo vemos, esperanzadas, en el aumento de las movilizaciones de calle y de las acciones de desobediencia civil pacífica. Reapropiémonos, desde abajo, de la palabra *democracia* y miremos al futuro desde la memoria, que es, en gran parte, rural. Inventemos nuevos paradigmas de gobernanza basados en ejercicios masivos, conscientes y cotidianos de democracia real. Así lo estamos haciendo ya con la economía, generando circuitos de proximidad, adaptados a los territorios, a escala humana, observando la naturaleza como hacían nuestras abuelas y repensando nuestras necesidades. Y queda mucho por avanzar, empezando por la necesaria autocrítica de nuestros movimientos: ¿estamos siendo capaces de transmitir propuestas realistas para hacer frente al despoblamiento y a los problemas del campesinado?

En este número y con este contexto bien presente, revisamos la naturaleza de la agroecología para resituarla y erigirla como una herramienta



Congreso de mujeres para una solución democrática en Siria, 2016. Foto: WJAR

de lucha frente a la extrema derecha. Repasamos elementos del pasado que fueron importantes en la conformación de nuestro medio rural, los pueblos de colonización del franquismo, y también nos preguntamos cómo influyó la dictadura fascista en la consolidación de las multinacionales españolas de la alimentación. Como muestra del fascismo del siglo XXI, nos ha parecido significativo visitar Brasil por la estrecha relación de su gobierno con la agroindustria y la importancia del movimiento campesino e indígena. Mostramos algunas iniciativas del medio rural que utilizan de forma cotidiana la resistencia pacífica, la desobediencia y la incidencia política para denunciar la relación entre capitalismo y fascismo y mantenemos una conversación sosegada con tres jóvenes activistas, preguntándonos sobre el diálogo intercultural, la desafección política y la capacidad de transformación que tienen los pueblos. Acompañan este bloque otros

contenidos como una visita a la realidad campesina del Valle del Jerte o el testimonio de una sanadora guatemalteca sobre la herida organizativa, comunitaria y espiritual que causan los monocultivos.

Con este número, pretendemos aportar materiales para reflexionar y fortalecer la conciencia crítica, principal antídoto contra el fascismo. Marina Garcés dice que «la credulidad, creer lo que nos cuentan, es la base de toda dominación porque implica una delegación de la inteligencia y de la convicción». Añade que tenemos por delante la tarea de tejedoras insumisas, incrédulas y confiadas a la vez. «No os creemos, somos capaces de decir, mientras desde muchos lugares rehacemos los hilos del tiempo y del mundo con herramientas afinadas e inagotables».

Cooperativa agrícola de mujeres en Til Temir (Rojava).

Foto: WJAR

AMASANDO
LA
REALIDAD

SOBRE AGROECOLOGÍA Y EXTREMA DERECHA EN EL MUNDO RURAL

Ángel Calle Collado

Cuando me preguntan cómo son de tensas las relaciones entre agroecología y extrema derecha en el mundo rural, se me viene a la cabeza un ejemplo que resume una (aparente) paradoja. Un formador en temas de agricultura ecológica llevó adelante un pequeño parque agrario en zonas manchegas. Estando de visita, me contó que eran los sectores tradicionales del pueblo los que más se habían interesado por la iniciativa. De hecho, lo que vendría a ser el «alumno aventajado» era integrante de un partido de reminiscencias falangistas. La redefinición de una tradición y de actividades propias de un lugar han sido elementos con los que históricamente ha coqueteado la extrema derecha. Una

extrema derecha que viene reformando su rostro y una pequeña parte de su andamiaje en los últimos años. Aunque pueda parecer contradictorio a primera vista, existirán elementos tradicionalistas que se muestren críticos con la irrupción de Vox, pues según ellos se arroja con banderas y crucifijos puntiagudos (lo cual les parece bien), pero no quiere saber nada de un desafío de las élites económicas neoliberales (lo cual les parece un error).

La nueva extrema derecha que bajo el nombre de Vox toma fuerza en Murcia o Almería, así como el mundo conservador tan próximo a ella y que tantos negocios intensivos y exportadores ha puesto en pie en Lleida o Badajoz, habla de

incremento de productividad, mejor inserción en la globalización de mercados y de apoyar la «marca España» o la marca local que corresponda, como resorte para favorecer la tajada de esa desigual e insostenible mundialización capitalista. Ni la deslocalización de empresas que tributan en este país, ni el escaso apoyo de la Unión Europea a sistemas agroalimentarios locales, ni la crítica de los oligopolios interiores de la gran distribución, ni el derecho a la alimentación saludable o a un trabajo digno aparecen en estas corrientes conservadoras, como no lo hacen en otros muchos partidos o plataformas agrarias. El planeta anda inquieto climáticamente; pero Juan Roig, de Mercadona, duerme tranquilo y también los propietarios de grandes empresas «españolas» que se asientan como intermediarias de las naranjas que nos vienen de Sudáfrica o los tomates de Marruecos.

Tradiciones, agroecología y costumbres en común

La agroecología como propuesta para cuidar territorios y democratizar los sistemas agroalimentarios no le cuadra a la extrema derecha; pero sí a sectores que leen su cotidianidad desde tradiciones, estaciones y trabajos que se reproducen bajo costumbres. Gran parte de estos sectores se consideran sancionados por el mundo que viene de la globalización de las grandes urbes. Los mercados internacionales les expulsan, por un lado, del acceso a ese consumo que sale de los escaparates televisados de Nueva York o de Madrid. Y por otro lado, los discursos de corte crítico (llámese izquierda, ecologismo, feminismo o la propia agroecología) beben más de tuits y libros editados en Nueva York o en Madrid que de los descontentos y expresiones nacidos en el medio rural.

La tradición en el medio rural funciona con el criterio de la naturaleza de que «aquí no hay residuos», todo se aprovecha, la austeridad es un bien valorado. Tradicionalismo y agroecología coinciden en reivindicar lo autóctono, sean variedades locales o manejos sostenibles aunque no tengan una certificación «eco» de la administración. Hablan en primera persona del plural, de relación ancestral con un territorio común. Entienden que la agricultura y la ganadería extensiva se han dado la mano históricamente: estiércol, estiércol y estiércol son las tres claves del cierre de circuitos energéticos y materiales

para un aprovechamiento eficiente de recursos, en palabras de J. D. van der Ploeg. No ven con agrado ciertos planteamientos del «animalismo urbanita» que no reconoce, ni quizás sepa, de los procesos agroganaderos que han puesto en pie nuestros territorios y nuestras vidas, desde la trashumancia hasta el mutuo aprovechamiento de animales y cultivos para el desbroce, la fertilización o la disponibilidad de proteína en el medio rural.

Cuando hablo de ecología en las comarcas altoextremeñas donde vivo, suelo interpelar a los agricultores convencionales con esta pregunta: «¿No se acuerdan ya de cómo hacían nuestros abuelos y abuelas para ayudar a crecer huertas y frutales de forma más sana?». Sirve de nexos, apela a una credibilidad compartida, supone un reconocimiento de lo que se ha hecho hasta ahora, intenta no minar su autoestima, antes al contrario. Son elementos fundamentales para la difusión de marcos cognitivos, de mensajes sociales: apelar a la experiencia y a la cultura que se comparte.

¿Se opone la agroecología a los postulados de la extrema derecha? Sí, se opone. Como tradición cultural, la agroecología pertenece a esas «costumbres en común» (E. P. Thompson, E. Ostrom) propias de mundos rurales y que solían manifestar unas dosis de solidaridad con las personas próximas (una familia comunitaria, un pueblo, una comarca) y un cierto cuidado con lo que deberíamos dejar a generaciones futuras. Y en su hacer práctico, porque pretende imitar procesos naturales (biomimesis diría Jorge Riechmann) para reconstruir sistemas agroalimentarios locales y resilientes, organizados según rasgos culturales propios de un lugar y orientados a nutrir saludablemente nuestros cuerpos.

El voto del medio rural y la extrema derecha

Sin embargo, en un ir y venir de discursos simples y agresivos, la extrema derecha está encontrando un espacio de implantación que no favorece un caldo de cultivo de la agroecología ni de otros postulados emancipadores. Vox ha crecido exponencialmente en votos el 10N, aunque dista, por ahora, de gozar de los respaldos sólidos y estructurales (instituciones, asociaciones, sindicatos, plataformas de protesta) que observamos en Francia o en Holanda. En estos países, el mundo rural representa un caldo de

“ La agroecología como propuesta para cuidar territorios y democratizar los sistemas agroalimentarios no le cuadra a la extrema derecha. ”

cultivo manifiestamente superior al que aportan las grandes ciudades. Aquí, como explica Fernando Fernández Such, las posiciones ideológicas del medio rural se sitúan más hacia valores de «izquierda» o «progresismo». La plataforma ciudadana Teruel Existe puede encuadrarse ahí porque cuando hay asociacionismo crítico, se dan otros resultados. Vox sube espectacularmente, pero no de la mano de la «España vaciada», como quieren darnos a entender. Por ejemplo, en Andalucía, la derecha ha perdido 120.000 votos entre las elecciones celebradas en abril y en noviembre de 2019, lo cual no ha impedido el salto de Vox a costa de comerse a Ciudadanos, a imagen y semejanza de Castilla y León. En Córdoba, Vox llega al 20 % en la capital pero se sitúa dos puntos por debajo en una provincia especialmente periférica y dedicada al sector primario. En ciudades de gran predicamento de Vox, como Badajoz, la diferencia es de 5 puntos entre capital y provincia. En general, el voto a la extrema derecha ha subido en el medio rural, pero lo ha hecho más en grandes ciudades.

Biblia, agroexportación y el escaparate de la riqueza

¿Qué ha ocurrido en Murcia y Almería? Aquí se unen el fuerte descontento en aquella parte del sector primario castigado por la mundialización económica y la progresiva implantación de grupos de poder afines a la extrema derecha desde los noventa. A modo de ilustración, en Brasil se

habla de la BBB para argumentar cómo determinados círculos de poder catapultaron a Bolsonaro: Biblia (sectores evangélicos), Buey (latifundistas) y Bala (paramilitares o empresas de seguridad). Aquí también podríamos hablar de la política visceral impulsada mundialmente por el asesor de Trump, Steve Bannon, a través del poder de *círculos BAR*: Biblia (grupos católicos fundamentalistas), Agroexportación que se siente amenazada (y determinados empresarios que arrastran a comarcas en sus proclamas xenófobas) y Ricos de impronta franquista que seducen a sectores precarios y a jóvenes *ninis* con sus valores, que van desde la moda y el consumo de gama alta hasta el calor tribal de sentirse parte de una «cruzada nacional».

Veamos ejemplos de las tres letras. El ala más dura del Partido Popular y la Iglesia católica más rancia han sido los valedores de las referencias políticas actuales de Vox en Murcia o en Córdoba. Sobre la crisis en el campo atrapado en la exportación: en octubre, los empresarios de los invernaderos de Granada y Almería pusieron en pie una «huelga de hortalizas caídas», es decir, de no venta por debajo del precio de coste. La gran distribución no estaba en el ojo del huracán, la defensa de la «marca España» frente a tratados internacionales, sí. Y, en torno a la atracción de valores fuertes y seguimiento de clases más pudientes, recordemos que en las últimas elecciones generales Vox recibe más votos en municipios de renta más alta, aunque se impone a Unidas Podemos en las más bajas y en zonas donde ha enganchado con el filón rural a través de la agitación de la caza, como ejemplifican en la Comunidad de Madrid, los pueblos del norte y las zonas próximas a Toledo.

En el medio rural, la estrategia de BAR protagonizada por élites ultraconservadoras ha sido aliada con el populismo simplón de *políticas de bar*: recordemos la iniciativa «Cañas por España» con la que Vox pretendía captar a jóvenes, o la invitación a corear mensajes que apelan a la visceralidad de un Madrid-Barça («¡a por ellos, oe!»). Vox no busca resolver problemas (quizás sí el de empresarios de la política como Santiago Abascal), sino conectar con la rabia frente a un mundo que parece desmoronarse, que llena el panorama de incertidumbres económicas. Apela sobre todo a los «hombres maduros cabreados», refuerza las masculinidades agresivas y de paso se ofrece como partido antiestablishment. Su

programa, en el medio rural, no aborda ni explícita ni implícitamente medidas que puedan mejorar los servicios y derechos de personas del medio rural, tampoco el desafío de los mercados controlados por oligopolios. Han encontrado en convocatorias alrededor de la caza o la tauromaquia una serie de temáticas puntiagudas con las que reinterpretar lo que es tradición, conectar con ellas y «mostrar» que hay un acoso y derribo al medio rural por parte de una élite progre. También se han encontrado con sus limitaciones. Costó dos años sacar adelante la manifestación en defensa del mundo rural y sus tradiciones, pues en 2017 tuvo que cancelarse. Se desarrolló finalmente con una capacidad de movilización inferior a la de la revuelta de la «España vaciada» también desarrollada en marzo de 2019, a pesar de que la primera contaba con apoyos de partidos políticos, sindicatos como la Unión de Pequeños Agricultores o ASAJA («jóvenes» agricultores) y de las federaciones de caza.

Cada zona rural tiene, por tanto, sus tics autoritarios sobre, fundamentalmente, la base de su inserción material y simbólica en los procesos de globalización capitalista. Y también sobre la presencia (o no) de tradiciones políticas incompatibles con la extrema derecha. Por ejemplo, en Catalunya, encontramos dinámicas xenófobas en zonas de producción intensiva (Lleida, Vic-Osona) que se vehiculan a través de partidos catalanes, bien tradicionales (principalmente ligados a CiU, pero no solo), bien en nuevas expresiones muy residuales de extrema

derecha como Som Catalans, o la Plataforma por Cataluña como antesala de Vox.

La orientación política del descontento rural

El medio rural tiene un descontento de raíces profundas y desde dichas raíces se está disputando la orientación política y cultural hacia valores autoritarios o hacia propuestas de transición ecosocial con justicia. Entre las raíces históricas destacan las desigualdades territoriales y la estereotipación. Esta creciente distancia se ha erguido desde el siglo XX en lo económico y en lo simbólico, en el *hardware* y en el *software*. Unas veces a conciencia: el desarrollo de un Plan de Estabilización bajo el franquismo para beneficio de élites centrales y periféricas que ocasionó una emigración vertiginosa y acrecentó una dualización industrial en el país; la consiguiente desagregación de la cultura rural y su sustitución por las cómicas representaciones de baja autoestima, como exhiben aquellas películas protagonizadas por Paco Martínez Soria.

Otras veces, el desequilibrio ha presentado tintes bienintencionados, pero ha acabado generando una visión empobrecedora y paternalista. La denuncia de escritores como Delibes nunca estuvo acompañada de una valorización de estrategias colectivas o de redes de apoyo mutuo: el medio rural estaba poblado de seres atomizados y de escasa cultura a la deriva del cacique de turno. Sergio del Molino y su caricatura de la «España vacía», bien armada periodísticamente pero de



escasísimo asiento sociológico, como antaño la necesidad de Buñuel de caricaturizar las Hurdes, han impulsado la lectura del mundo de raíces campesinas como un saco de patatas que había que salvar, visión a la que desafortunadamente contribuyera el pensamiento del Marx más joven.

Por último, los desajustes entre proclamas emancipatorias (sean de corte decrecentista, feminista, socialista o ecologista) y mundo rural también discurren hoy a través de distancias vivenciales, gramaticales, emocionales y de nudos reales de participación. El mundo rural clama por un feminismo de corte propio, donde las realidades de comarca, costumbres comunitarias o familiares puedan hacerse hueco para hablar en pie de igualdad de formas de interdependencia y de enfrentar nuestras crecientes vulnerabilidades. La llamada izquierda política está ausente, pues sus agendas no se ruralizan, y cuando existe una izquierda social está aún tenuemente teñida de agroecología.

El mundo rural precisa reinventarse desde sus tradiciones, no desde la denostación automática de las mismas. Por ejemplo, cuando digo Biblia no lo hago como crítica a la religión, pues hay una espiritualidad cristiana, como prueba la teología de la liberación, que bien puede comulgar con la agroecología. Y el mundo urbano tendría que escuchar más las mimbres de cooperación y de inclusión social, aparte de los manejos holísticos del territorio, que ya existen, al margen de reproducir clichés como el de «pueblo chico, infierno grande». La ciudad no habita las respuestas, pero sí podría alimentar soluciones.

El papel de la agroecología en tiempos turbulentos

Son tiempos de chalecos turbulentos. Los habrá amarillos como en Francia, mezcla de autoritarismo nacional (centralista o periférico) con demandas de no pagar ellos y ellas el incremento de los cheques de gasolina. Los habrá marrones, que se nieguen a bajarse de las economías carbonizadas o nuclearizadas, como defensa de sus precarios medios para subsistir en su territorio. Quizás podamos alimentar los chalecos verdes en el medio rural, en forma de prácticas que dan vida a la agroecología frente a los postulados autoritarios e insustentables que aceleran nuestra caída en el precipicio.

La extrema derecha clama por el derecho a seguir consumiendo, a usar el territorio para

“ En general, el voto a la extrema derecha ha subido en el medio rural, pero lo ha hecho más en grandes ciudades. ”

beneficio monetario y por la vuelta a sistemas en los que la política del odio y de las masculinidades agresivas se sitúan como referentes.

Pienso que quienes participamos en tareas agroecológicas deberíamos ponernos a construir, por arriba, una apuesta confederalista de defensa de territorios y por un derecho a la alimentación; y por abajo, un pensar la transición en el medio rural donde agroganaderos y agroganaderas que se perciban como innovadores o tradicionales, busquen complicidades con una pluralidad de agentes y economías locales. Como hicieron en Argentina las asociaciones de médicos rurales, en Brasil las experiencias de economía social y solidaria junto a la pedagogía por una educación popular (rural), en Francia las entidades locales que impulsan la tradición de mercados próximos, o aquí colectivos rurales (ganaderas en red, guardianas de semillas) que reinventan ecofeminismos desde sus prácticas. La agroecología podría encender la mecha para un mundo rural vivo que conecte con determinadas tradiciones, las reinvente para construir transiciones con justicia y nos evite caer en manos de la política del odio y del neoliberalismo suicida.

Ángel Calle Collado
Profesor de Ecología política (ISEC)
y agricultor en el Valle del Jerte

El Instituto Nacional de la Colonización y la violencia infraestructural

Abelardo Gil-Fournier
Fotos: Archivo fotográfico
del Instituto Nacional de Colonización



Uno de los programas más ambiciosos de los llevados a cabo por la dictadura de Franco fue la colonización interior, esto es, la transformación a través de la agricultura de regadío de vastas extensiones de territorio. Tras tres décadas de operaciones, la colonización dio lugar a un gran número de grandes zonas regables pobladas por asentamientos urbanos de nueva construcción en todo el Estado. Pese a que en su origen fue un programa planteado como una reacción a la reforma agraria iniciada por los gobiernos de la Segunda República, con el paso de los años, sin embargo, la llegada de perfiles técnicos a la Administración le confirió un marcado carácter desarrollista, en sintonía con el resto de las políticas de la segunda mitad del franquismo.

Fue un proceso de larga duración, entonces, y vasto en su extensión territorial: esto hace difícil dar cuenta de toda su complejidad y evaluar sus medidas en términos de éxito o fracaso. La escala de sus intervenciones, sin embargo, lo sitúa en relación con el momento presente, un tiempo en el que la transformación digital de todos los aspectos de la vida es analizada en términos de colonización¹ y en el que la terraformación

tecnológicamente asistida se propone de nuevo en algunos foros como espacio para la búsqueda de alternativas a la crisis ambiental.² En este sentido, este artículo repasa a grandes rasgos el despliegue de la colonización interior franquista sobre el territorio haciendo hincapié en los continuos episodios de violencia infraestructural a los que un proyecto de esta envergadura puede dar lugar.

El Instituto Nacional de la Colonización

El Instituto Nacional de la Colonización (INC) se fundó nada más concluir la Guerra Civil. Surgió en el contexto de una población sumamente pauperizada, de un reparto muy desigual de la propiedad de la tierra y de un campo ajeno a la modernización de las técnicas de trabajo que otros sectores habían conocido. En esas circunstancias, el INC fue concebido como un organismo cuya misión era poner en marcha planes orientados a la transformación total del territorio. La envergadura y ambición de estos convirtieron al Instituto en un instrumento clave para

1. Marie Bénilde, «Una feliz colonización digital», *Le Monde Diplomatique* en español, noviembre 2015.

2. Véase, por ejemplo, el programa *The Terraforming*, del Instituto Strelka en Moscú, liderado por el teórico y arquitecto Benjamin Bratton.

“ La mecánica de expropiación de terrenos permitió a los grandes terratenientes mantener los mejores suelos, mientras que las parcelas de peor calidad eran transferidas al proceso colonizador. ”

la ideología franquista de la redención,³ según la cual la dictadura venía a redimir la miseria que asolaba al país y a sus gentes. En este sentido, el cometido del INC no era simplemente aumentar la producción agrícola, sino también estabilizar una sociedad alrededor de esta y asentar los valores defendidos por el franquismo en su seno.

El desarrollo del regadío fue el medio principal para introducir las transformaciones perseguidas. Durante las tres décadas en que estuvo activo, el INC se ocupó principalmente de excavar una gran red de canales, de adaptar terrenos para su irrigación —las llamadas grandes zonas regables— y de fundar unos 300 pueblos en los que albergar a la población colona encargada de las labores agrícolas, ganaderas y de otros servicios. El Instituto se encargaba entonces de tareas tan distintas como la ejecución de expropiaciones por toda la geografía, trabajos en infraestructuras, transporte de población, drenaje de lagunas, abancalamientos, suministro de máquinas y fertilizantes, prácticas de formación, financiación y de una administración centralizada de toda la información. Su sede central estaba en Madrid y contó con siete delegaciones

3. Sobre desarrollismo, tecnología y redención, puede verse la introducción del libro de Lino Camprubí, *Los ingenieros de Franco*, Crítica [2017].

regionales, distribuidas por las principales cuencas hidrográficas.

Fue, en consecuencia, una inmensa institución en su momento que dio pie a una de las reformas más ambiciosas en la reciente historia económica del Estado —en palabras del sociólogo Cristóbal Gómez Benito,⁴ «la mayor operación urbanística en zonas rurales jamás realizada en España» — que contribuyó en definitiva a transformar su paisaje rural.

El desarrollo de infraestructuras

Si bien la colonización interior tuvo un desarrollo espectacular durante el régimen de Franco, no fue un invento franquista. Desde el siglo XVIII, y durante la segunda mitad del XIX en particular, se discutieron y se pusieron en práctica programas en los que la modernización de la agricultura involucraba políticas de racionalización del uso de la tierra, la fundación de nuevos asentamientos y la implantación de sistemas de regadío. Varios países, además, habían acometido durante el siglo XX colonizaciones similares. Algunos de estos procesos tuvieron gran influencia sobre los ejecutados por el INC: la *bonifica* de Mussolini, la *Innere Kolonisation* alemana, el *Columbia Basin Project* estadounidense o los moshav y kibutz israelíes fueron ejemplos influyentes.

Uno de los aspectos que diferencia, sin embargo, al caso español del resto es el uso de prisioneros políticos como mano de obra destinada al desarrollo de infraestructura hidráulica, como parte del programa de Redención de Penas por el Trabajo ideado por el jesuita José Agustín Pérez del Pulgar. Tal y como ha sido explicado con detalle en el libro *El canal de los presos*,⁵ los 150 km del canal del Bajo Guadalquivir —perteneciente a los planes del INC— no pueden comprenderse sin los cerca de 2000 prisioneros empleados en su construcción. Lo mismo ocurre con el canal de Montijo —el primero de los dispuestos por el Plan Badajoz—, con el canal del Bajo Albarche (Tajo) y el de la Violada (Ebro), todos ellos estratégicos para la colonización. El programa del INC vino de la mano de una política hidráulica

4. Cristóbal Gómez Benito, «Una revisión y una reflexión sobre la política de colonización agraria en la España de Franco», en *Historia del presente*, 3 [2004], p. 84.

5. José Luis Gutiérrez, Ángel del Río, Gonzalo Acosta y Lola Martínez, *El Canal de los Presos, 1940-1962*, Crítica [2004]. Véase también Isaías Lafuente, *Esclavos por la patria*, Planeta [2002].



que estuvo apoyada entonces en lo que hoy es conocido como el trabajo esclavo de prisioneros políticos, comunes y, después, libertos (liberados que no podían encontrar trabajo en ningún otro lugar). Lejos de ser algo puntual, el uso de presos políticos se extendió en el tiempo durante gran parte del franquismo.

El desplazamiento de población

El paso siguiente al desarrollo de infraestructuras era el movimiento de población. La puesta en producción de terrenos baldíos exigía mano de obra. Distribuidas en el interior de las zonas regables, las redes de poblados de colonización acogieron a familias colonas llegadas de toda la geografía del Estado. Cada familia, seleccionada generalmente tanto por conocimientos y experiencia agrícola como por criterios de buena conducta, recibía una vivienda y una parcela que debía ir pagando con su trabajo.

Un conjunto singular de estos movimientos migratorios fue el de los desplazamientos forzados de poblados enteros debido a la construcción de pantanos. La violencia intrínseca a estos procesos y su impacto después en el tiempo, tal y como puede leerse, por ejemplo, en la obra literaria de Julio Llamazares, ilustra el desarraigo sobre el que los nuevos asentamientos fueron fundados. En estos casos, a la población de los

pueblos inundados se les ofrecía parcelas en enclaves geográficos muy diferentes de los de su origen. Este es el caso por ejemplo de Cascón de la Nava, en la comarca de Tierra de Campos en Palencia, creado sobre una laguna desecada y poblado con habitantes desalojados por la construcción de diversos embalses.⁶ O el de Foncastín, en Valladolid, que recibió a toda la población de Oliegos (León), un pueblo anegado por las aguas del embalse de Villameca. La filmación de este traslado de todo el poblado en un único tren ha sido preservada como un documento único que ha dado pie a más proyectos que inciden en la violenta singularidad de estos desplazamientos, como es el documental *Población dirigida* que puede verse entero en línea.⁷

6. Sobre el caso de Cascón de la Nava puede verse el material recogido por la Fundación Cereales Antonino y Cinia tras la exposición «Región [Los relatos]» así como una publicación vinculada de próxima aparición: <https://fundacioncerealesantoninoycinia.org/actividad/region-los-relatos/>

7. El documental web, realizado por Covadonga Canteli, Samuel Nacar, José Molina, Miriam Herrero, Carmen Pellicer, David Prieto, Sara Ramírez y Marco Rizzetto, puede verse en <https://territoriode-datos.org/poblacion-dirigida/>



La primera generación de familias colonas

Una vez establecidas en los poblados, la vida de las familias colonas no fue fácil. Tras un periodo de formación que duraba dos años, un contrato obligaba al Estado a ceder a la familia la propiedad de la parcela una vez que esta hubiera compensado con su trabajo la inversión inicial más los costes de formación y mantenimiento. Las cuentas de este pago al INC, sin embargo, nunca fueron mostradas con claridad a las familias, que a causa de la corrupción endémica llegaron a pagar mucho más de lo que debían y durante mucho más tiempo de lo estipulado. Pero además del agravio económico, esta deuda con el Instituto sirvió como instrumento para obligar a la población colona a una sumisión silenciosa: aunque no constan casos de expulsiones, el INC se reservó el derecho a rescindir el contrato de cesión de la parcela en caso de estimarlo oportuno.⁸

Otra dificultad que tuvo que sortear la primera generación colona fue el hecho de que las tierras recibidas eran de muy baja calidad: una trampa en la mecánica de expropiación de terrenos permitió a los grandes terratenientes mantener los mejores suelos, mientras que las parcelas de peor calidad eran transferidas al proceso colonizador.

8. Sobre la vigilancia a las familias colonas, véase el capítulo «El colono controlado perfectamente» del libro editado por Mario Gaviria, José Manuel Naredo, Juan Serna, *Extremadura Saqueada*, Ruedo Ibérico 1978.

Tal era la baja calidad de la concesión, que en los planes pasó a contemplarse un periodo inicial de 10 años tras la cesión en los que no podían esperarse rendimientos de la tierra. Desde el punto de vista de las familias colonas, las condiciones materiales en ese periodo inicial fueron de excepcional crudeza.

La invisibilización de las mujeres

A ojos del INC, tanto los titulares como los responsables de las explotaciones eran los hombres. Era a los padres de las familias colonas a quienes se proporcionaba formación agronómica, los que figuraban en todas las transacciones y a quienes se atribuían las cifras de producción. Sin embargo, gran parte del trabajo diario corría a cargo de las mujeres. Los escasos medios dedicados al programa hacían imposible que un solo jornalero completara todo el trabajo que le correspondía en un día. Por ello, además del trabajo de manutención y crianza en el hogar y del cuidado de los animales, la colona salía al campo todos los días también, para ocuparse a menudo de las tareas más penosas, tal y como recoge el libro y documental *Tierra prometida*, de la Federación para la Promoción Social y Cultural de la Mujer «La Amistad».⁹

9. Yolanda Benítez, Ana Lozano y Pedro Tena, *Tierra prometida: historias y testimonios de la colonización en Extremadura*, Federación para la Promoción Social y Cultural de la Mujer «La Amistad», 2008.



Por otro lado, como hemos indicado al comienzo de este artículo, la colonización no fue solo un programa pensado para la producción agrícola, sino también un proyecto de creación de una sociedad rural alrededor del regadío. En este sentido, —además de la Iglesia— gran parte de la responsabilidad recayó de nuevo sobre las colonas. Cada poblado contaba con un Hogar Rural de la Sección Femenina dedicado tanto a la formación como a actividades culturales. Además, algunas de ellas fueron formadas por el INC como maestras para sus escuelas. Su invisibilización, esta vez, consistió en no convalidar esta formación con la del título de maestra nacional, necesario para ejercer más allá de los dominios del INC.

Legado, identidad y olvido

La imagen que queda hoy del Instituto Nacional de la Colonización es la imagen de sus poblados. Sin duda, sus trazados curvos, su urbanismo experimental, la arquitectura de sus edificios principales y el proyecto vanguardista de búsqueda formal de una armonía orgánica entre el pueblo y su entorno son distintivos recurrentes que atraen nuestra atención. Más aún, son también los hitos en los que las generaciones posteriores a la de las primeras familias colonas se han reconocido y alrededor de los cuales ha arraigado una identidad propia. Y es que pese a dificultades

tan diversas como la dureza de los suelos, la burocratización debida al control del Estado o la poca capacidad del INC para adaptarse a nuevos escenarios como la mecanización de la agricultura; la mayor parte de las familias salió adelante y, con ellas, la colonización y sus regadíos.

Pero esto no es óbice para olvidar los escenarios de violencia sobre los que se ha asentado el programa colonizador. El uso de presos políticos, los desplazamientos forzados de población, el trabajo inicial sobre tierras de baja calidad o la invisibilización continua de las colonas son algo más que meras anécdotas en un proyecto de desarrollo. Son formas de violencia cuya escala crece con la de los procesos tecnológicos de los que forman parte. Su memoria, en este sentido, también debería ser parte del legado de la colonización.

Abelardo Gil-Fournier

Una buena parte de este artículo ha sido redactado a partir de los textos del proyecto web colectivo Los colonos de la 'España verde' de Franco, realizado por Abelardo Gil-Fournier, Andrés Rodríguez Muñoz, Marco Rizzetto, Carmen M. Pellicer Balsalobre, Guillermo Cid y David Prieto en Medialab Prado entre los meses de abril y junio de 2017. Puede visitarse en: <https://medialab-prado.github.io/poblados-colonizacion-colonias-penitenciarias/index.html>

Carles Soler

FRANQUISMO

alimentario

¿Cómo influyó la dictadura franquista en la consolidación del actual sistema alimentario? ¿Qué relación tienen algunas empresas españolas de alimentación con el régimen fascista? Son preguntas complejas, pero vamos a tratar de comenzar a responderlas.

Hace unos años, Lluç Salellas, periodista y politólogo, durante la presentación de su libro *El franquismo que no marcha*, leía la lista de nombres y apellidos de los responsables de la dictadura que han mantenido los privilegios con la democracia. Muchas empresas del IBEX 35, como Gas Natural, OHL o Iberdrola, se lucraron con la represión y el modelo autárquico que impuso el franquismo y actualmente siguen sin reparar a las víctimas.¹ Pero poco hemos leído sobre el binomio de favoritismos y privilegios con la empresa agroalimentaria. Si bien merece una investigación más profunda, con un repaso a los hechos cronológicos más importantes, hemos identificado los mecanismos que, cual tela de araña, se urdieron para erigir algunos de los actuales oligopolios alimentarios del Estado español.

1. <https://www.lamarea.com/2014/11/20/franquismo-s/>

El gran estraperlo

Acabada la Guerra Civil, durante las décadas de 1940 y 1950, siguiendo la herencia recibida del modelo económico nacionalista y los postulados de la doctrina falangista, hubo un fuerte rechazo a todo lo que significase relacionarse con el exterior. Un ejemplo de ello fue la instauración en 1941 del Instituto Nacional de Industria (INI), cuyo principal objetivo era crear e impulsar empresas que sirvieran a las necesidades de la defensa nacional y de la autarquía económica.

Este periodo también se caracterizó por el fenómeno conocido como «el gran estraperlo», que consistía en el transporte y comercialización de grandes cantidades de productos industriales y, sobre todo, agrícolas y alimentarios, que alcanzaban unos precios astronómicos en el mercado negro en una época de enorme penuria. A diferencia del pequeño estraperlo, que ayudó a la supervivencia de la clase más

humilde; el gran estraperlo supuso el surgimiento de nuevos ricos² al favorecer el enriquecimiento del personal político del medio rural vinculado a la dictadura, que aumentó su patrimonio urbano y rural. En este punto, podemos recordar el escándalo de la desaparición de cuatro millones de litros de aceite de la empresa REACE en el que se vio envuelto Nicolás Franco Bahamonde. Por cierto, el hermano del dictador salió impune en un juicio cuyo tribunal fue presidido por Mariano Rajoy Sobredo, padre del expresidente del gobierno.

Los orígenes de la agroindustria

Más tarde, en el periodo del desarrollismo (1960-1973) y en pleno proceso de apertura externa, la revolución verde llegó al campo con la incorporación de insumos químicos y la mecanización. En el sector cárnico se introdujeron nuevos piensos (con soja), la estabulación animal y las cámaras frigoríficas en mataderos, lo que abarató la oferta de carne, especialmente de aves y cerdos. La industria de la alimentación empezó a transformarse profundamente con la aparición de los plásticos, los conservantes químicos, el abaratamiento del vidrio y el frío industrial.

La elevada demanda de mano de obra industrial, férreamente conducida y modulada por círculos clientelistas de la dictadura, comportó el desplazamiento de millones de personas, obligadas a abandonar el medio rural y a instalarse en las nuevas áreas urbanas, generalmente en condiciones muy precarias. Ante la falta de capacidad de la población para negociar, las redes franquistas fueron las beneficiarias de estas importantes reformas.³

En este contexto, muchas de las industrias alimentarias más exitosas siguieron una serie de patrones comunes que les otorgaron importantes ventajas. Gracias a capitales multinacionales en conexión más o menos directa con productores agrarios e industriales españoles, estas empresas pudieron acceder a tecnologías y maximizar sus rendimientos. Se produjeron, por tanto, artículos más baratos, de buena calidad y más adaptados

2. Arco Blanco, Miguel Ángel del [2018], «La corrupción en el franquismo. El fenómeno del "Gran Estraperlo"», *Hispania Nova*, 16, pp. 620-645. DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2018.4050>

3. Josep Esplugas Trenc, «S'ha tornat l'agricultura incompatible amb la vida rural?», *La Conca* 5.1 [13/12/2018]

Intervención total

Durante varias décadas, el régimen franquista controló buena parte de los alimentos básicos, como los garbanzos. Desde la semilla hasta la comercialización, cada paso era intervenido por la Administración. El campesinado estaba obligado a comercializar sus cosechas a partir de almacenes locales supervisados, en este caso, por el Servicio Nacional del Trigo y por la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes. El «gran estraperlo» hace alusión a que buena parte de los garbanzos «desaparecía» durante el transporte para, posteriormente, ofertarse en el mercado negro a 3 o 4 veces el precio oficial y sin pagar impuestos. Toda esta cadena era posible gracias a estructuras de complicidad y corrupción desde el responsable del almacén, pasando por el transporte, hasta la venta final.

a las nuevas demandas. Sectores empresariales menos complacientes con el régimen no gozaron de estas ventajas en la misma medida.⁴

En esta época nacieron algunas de las empresas más conocidas actualmente. En la Poble de Farnals (Valencia), Francisco Roig comenzó un negocio porcino que sería el germen de Mercadona. Conservas Campofrío empezó a crecer en Burgos y se extendieron los mataderos privados o cooperativos en Catalunya y el Bajo Aragón, destacando la Cooperativa Agroalimentaria de Guissona. En 1966, el fabricante de piensos Pedro Pascual creó la empresa de cría de aves, cerdos y bovinos Pascual de Aranda, y tres años más tarde fundó Leche Pascual. El empresario catalán Lluís Carulla, que comenzó fabricando cubitos de caldo en la Guerra Civil, diversificó su negocio Gallina Blanca, incorporando la elaboración de piensos y de productos de higiene personal.⁵

4. Clar, E. 2008. «La soberanía industrial. Industrias del complejo pienso-ganadero e implantación del modelo de consumo fondista en España, 1960-1975». *Revista de Historia Industrial*, 36, pp. 133-165.

5. Catalán Vidal, Jordi. 2015. *El gran viaje. Sesenta años de industria en España 1955-2015*. Escuela de Organización Industrial [EOI] <http://a.eoi.es/60industria>

Tabacalera S.A.

Para gestionar el monopolio español de las labores del tabaco y timbre, el régimen franquista creó en 1946 Tabacalera S.A., un entramado de diferentes sociedades mercantiles, unas públicas, otras concesionarias y otras privadas, que abarcaban la producción, la transformación, la fabricación, la distribución y la venta en expendedorías de tabaco y timbre. Sociedades mercantiles entre las que destacaron los acuerdos participativos con Ebro Agrícolas, Carnes y Conservas Españolas [CARCESA] o I.T. BRANDS CORPORATIONS.

La privatización de las empresas públicas

Como *holding* industrial, el INI desarrolló su actividad desde la década de 1940 con la creación de sus propias empresas y la participación en otras junto a la iniciativa privada, controlando su gestión y definiendo estrategias de acuerdo con la política industrial del Gobierno. Estas empresas obtuvieron un trato preferencial en la distribución de cupos, créditos, licencias, divisas para la importación y otros privilegios, especialmente las pertenecientes a aquellos sectores que el Estado había considerado estratégicos de acuerdo con su política de defensa y de fomento de la industrialización: química, siderurgia, electricidad...⁶ Se trataba de empresas con muchas 'ventajas' que en complejos entramados saneados con dinero público y de compraventa de acciones pasaron finalmente a manos de empresarios y multinacionales en los procesos de privatización de los primeros años de la democracia.

Es el caso de Lactaria Española, S. A. (LESA), una de las mayores empresas de productos lácteos, conocida por su marca RAM. En 1974 solicitó ayudas por dificultades de liquidez y pasó a formar parte del INI cuando este adquirió el 57,5 % del capital social. Un año después, tras la adquisición de otras empresas lecheras, el grupo lácteo del INI ocupaba el segundo lugar en importancia

6. <https://regimendefranco.wordpress.com/2016/11/16/la-industria-nacional-en-el-franquismo/>

“ El franquismo no se ha ido; el régimen del 78 puso las bases para mantener los privilegios y su poder. ”

entre las sociedades lácteas del territorio, trataba el 27 % y producía el 14,8 % del total de leche del Estado español.

Todo este grupo lechero, junto con otras empresas relacionadas con el sector de la alimentación, se conformó en un *holding* mayor: la Empresa Nacional de Industrias Alimentarias SA (ENDIASA) que posteriormente pasó a Tabacalera. Tras numerosas adquisiciones y fusiones, en el año 2000, LESA es absorbida por PULEVA, que se integra al Grupo Ebro Puleva. En 2010 esta multinacional traspasa el área de lácteos a la multinacional francesa LACTALIS por 630 millones de euros.

Estos son los mecanismos que van tejiendo la gran telaraña donde los privilegios creados durante la época franquista se mantienen. Como dice Roger Vinton⁷ no les interesa que se produzcan grandes cambios en la sociedad, porque su principal objetivo es mantener el propio estatus y, por ello, invertirán todos los esfuerzos posibles en parar o tener bajo control cualquier cambio social que les pueda hacer perder sus privilegios. Otro síntoma más para confirmar que el franquismo no se ha ido y que el régimen del 78 puso las bases para mantener los privilegios y su poder.

Carles Soler
Revista SABC

7. Vinton, Roger. *La gran teranyina*. Edicions del Periscopi, 2017.

Los grandes herederos

Como afirma Lluç Salellas, las grandes familias empresariales de hoy son herederas de las grandes fortunas que se beneficiaron de la victoria del Alzamiento Nacional el año 1939. En Catalunya son los Millet, los Cortina, los Carceller o los Mateu y en el conjunto español son los De Oriol, los López de Letona, los De la Mora y Mon, los Suárez o los De Borbón. A continuación, algunos de los empresarios relacionados con la agricultura y la alimentación:

Pedro Cortina Mauri (Pobla de Segur, Lleida, 1908 - Madrid, 1993): Empresario y diplomático del franquismo que llegó a ser ministro de Asunto Exteriores con el gobierno de Arias Navarro. En los años 1950 fundó la fábrica San Miguel, Fábricas de Cerveza y Malta (ahora forma parte del conglomerado Mahou), de la que fue vicepresidente y consejero delegado. Sus dos hijos son los conocidos Alberto y Alfonso Cortina.

Demetrio Carceller Segura (Las Parras de Castellote, Teruel, 1894 - Madrid, 1968): Ingeniero y fundador de CAMPESA. Fundador de Falange Española con Primo de Rivera (1933). Su reconocimiento entre la jerarquía franquista le llevó hasta la Comisión de Industria y Comercio, ministerio que ocupó entre 1940 y 1945. Impulsó la creación del Instituto Nacional de Industria (INI). Abandonó el gobierno para hacer fortuna en el sector privado gracias a las publicaciones del BOE. Entre otras empresas, formó parte del consejo de administración de la Cervecería Damm. Su fortuna continúa en manos de sus descendientes: Demetrio Carceller Arce forma parte (junto a su hermana María) de Ebro Foods, y también de otras empresas alimentarias como Pescanova, Cacaolat o Rodilla. Ha consolidado su presencia en el sector energético (Disa Corporación, Repsol, Gas Natural y CLH) y la construcción e infraestructuras (Sacyr Vallehermoso).

José Fernández López (Sarria, Lugo, 1904 - Madrid, 1986): Empresario y abogado. En los años que duró la Guerra Civil, él y sus hermanos fueron los principales suministradores de carne a la zona nacional y a los ejércitos de Franco, función muy bien recompensada tras la contienda. Sus perspectivas empresariales se ampliaron tras la creación de la químico-farmacéutica Zeltia, en 1939, a la que siguieron Frigolouro (sector porcino), en Porriño, y Frigsa (refrigeración industrial), en Lugo. En 1960 creó junto a otros socios Pescanova, aprovechando ciertos favoritismos del periodo.¹

FRANQUISMO

1. <http://www.vigoempresa.com/los-antiguos-fernandez-de-pescanova/>

Carlos Magno de Medeiros Morais y Erik Hobbelink

Dionisio Martín Sanz (Tudela de Duero, Valladolid, 1909 - Madrid, 2002): Uno de los ejemplos de «nuevos ricos», consecuencia directa del gran estraperlo y de los beneficios de la política autárquica. Ingeniero Agrónomo de formación y militante de FET de las JONS. Subsecretario del Ministerio de Agricultura entre 1937 y 1939, fundador del Servicio Nacional del Trigo (SENPA), uno de los organismos de intervención económica más importantes del entramado institucional del “Nuevo Estado”² y procurador en Cortes de 1943 a 1976 como representante de la Organización Sindical. Como empresario, desarrolló una amplia actividad en dos empresas paradigmáticas. Por un lado, estuvo vinculado a la Empresa Nacional de Celulosas (ENCE), primer propietario forestal privado de la península ibérica y primer productor europeo de celulosa de eucalipto. Conocida por sus desmanes medioambientales, ENCE fue creada en 1957 por el gobierno franquista y se procedió a su privatización total en 2001. Por otro lado, Martín Sanz desarrolló también una gran actividad en COCSA, una empresa dedicada a la fabricación de piensos de la que poseía el 88 % de las acciones. En 1977 el CSUT lo acusó de arruinar a sectores obreros y agrarios al presentar un expediente de crisis de la empresa y haber servido de tapadera para realizar negocios de importación. Partidas de leche desnaturalizada, melaza y otros productos comprados en el extranjero con destino a la fábrica eran revendidos a precios superiores a otros compradores internos.³

La familia Monasterio: En Cienfuegos, Cuba, una familia de oligarcas, antiguos emigrantes españoles, regentó una de las mayores compañías azucareras: La Compañía Azucarera Atlántica del Golfo. En el siglo XX el grupo Falla Gutiérrez-Monasterio aparece como propietario encargado de gestionar la producción de la empresa con los favores de la dictadura de Batista, llegando a cotizar en Nueva York. Tras el triunfo revolucionario, la propiedad de los Monasterio fue intervenida y posteriormente expropiada en 1971. Con la riqueza acumulada, decidieron volver a España, que se encontraba en los últimos años de la dictadura, y en 1972 fundaron el primer local de la franquicia Kentucky Fried Chicken en España. Esa inversión les permitió permanecer en el club de las familias más adineradas al terminar la dictadura. La hija de la familia Monasterio es la actual presidenta del partido político Vox en la Comunidad de Madrid, Rocío Monasterio, casada con Iván Espinosa de los Monteros, perteneciente a otra singular estirpe de la derecha española descendiente del marquesado de Valtierra.⁴

FRANQUISMO

2. <http://dbe.rah.es/biografias/46118/dionisio-martin-sanz>

3. *El Unitario*, Órgano de la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores. Año 1, n.º 7. 30 de octubre de 1977.

4. «El enigma Rocío Monasterio: la nieta del latifundista que manda en Vox con sonrisa impasible», de Brais Cedeira, *El Español* 16 junio de 2019.

Brasil, fuego a la democracia

Revisamos el auge de la derecha ultraconservadora en Brasil: los acontecimientos previos a la elección de Bolsonaro, los principales efectos de sus primeros 9 meses de gobierno y las iniciativas de resistencia más destacadas desde la perspectiva de los movimientos sociales.

Lo que yo soy es un héroe

Brasil no dejó de ser un país democrático de un día para otro, aunque lo pareció cuando casi 58 millones de personas votaron a Jair Messias Bolsonaro a finales de 2018. Nadie creía que una persona con un discurso que reivindicaba la dictadura militar y donde proliferaban declaraciones racistas, homófobas y misóginas pudiera gobernar un país como Brasil. No le hizo falta hablar demasiado sobre su programa ni presentarse a los debates electorales; le bastó con un mensaje preparado para las masas y transmitido por redes sociales y WhatsApp.

En sus primeras apariciones parecía que solo decía disparates y tenía poca o ninguna posibilidad de llegar al gobierno, incluso había en ello una parte cómica. ¿Quién votaría a un candidato que decía esas barbaridades? Pero era más bien al contrario; con ese discurso incendiario, grosero y provocador se ganó a la gente. Sus intervenciones públicas formaban parte de una estrategia muy directa para conectar con sus votantes, para venderse como esa figura que «llama a las cosas por su nombre», que se atreve a insultar públicamente y que le da igual lo políticamente correcto. «Me dicen que soy homofóbico, fascista, etc.; lo que yo soy es un héroe». Esas fueron sus palabras en una

entrevista durante su período en el Congreso. Así es como pasó a ser un mito.

A todo ello hay que sumarle el sentimiento contra el Partido dos Trabalhadores (PT) que empezó a gestarse desde la llegada de Lula al poder en 2003, a pesar del tremendo apoyo popular que tuvo al inicio. La élite ultraconservadora brasileña, hoy en el poder, nunca quiso admitir a un presidente como Lula: un operario metalúrgico sindicalista con un dedo de la mano cortado y sin estudios académicos. Ahí empezó la guerra de desgaste y la construcción de una imagen asociada a la corrupción y a la destrucción del país, donde los medios de comunicación (dominados por la Red Globo) tuvieron un papel fundamental.

En 2013 tuvieron lugar las llamadas Jornadas de Junho (Jornadas de junio), manifestaciones masivas contra el gobierno del PT y los casos de corrupción. Los grupos de derechas aprovecharon para posicionarse como líderes de un movimiento en contra de las políticas de izquierdas, un proceso que culminaría con el procedimiento de destitución en 2016 de Dilma Rousseff, sucesora de Lula, y la toma de posesión del vicepresidente Michael Temer, que llegó al gobierno sin haber sido votado.

“ En lo que llevamos de 2019, el gobierno ha introducido 410 nuevos agrotóxicos en el mercado brasileño. ”

Se acabó la payasada

Era un caldo de cultivo perfecto para la irrupción rompedora de Bolsonaro con el lema «Se acabó la payasada». A pesar de llevar 27 años en el Congreso y tener tres hijos ocupando cargos legislativos (concejal, diputado federal y senador), consiguió venderse como una figura alejada de la corrupción, una especie de «antisistema» o «no político» con una «vida limpia» y mucha mano dura que iba a enderezar el país.

Por otro lado, las alianzas clave con grupos de poder en Brasil fueron fundamentales. En primer lugar, Bolsonaro se ganó el apoyo masivo del movimiento evangélico con el lema «Brasil por encima de todo; Dios por encima de todos», proclamándose el defensor de los valores tradicionales y religiosos que casaban con muchas de sus propuestas y convicciones ideológicas: endurecimiento de la legislación antidrogas, la restricción del concepto de familia a la unión de un hombre y una mujer o la despenalización de la homofobia. Su particular guerra contra el crimen organizado también lo situó como una figura de seguridad y autoridad que caló hondo en estos sectores de población.

En segundo lugar, la alianza con las grandes empresas del agronegocio fue esencial. Aunque este tipo de alianzas no son ninguna novedad, puesto que el agronegocio es un agente muy poderoso en Brasil, con Bolsonaro resultó más evidente que nunca. La moneda de cambio de esta alianza no era otra que fomentar el crecimiento de la ganadería y la producción de soja, y para ello hace falta vender la selva amazónica, o lo que es lo mismo, vender los territorios indígenas que hoy están protegidos. El Amazonas es la región

de Brasil que el capitalismo tiene más margen para explotar ya que es donde se encuentra el mayor excedente de tierras para expandir el agronegocio. Aquí es donde surge el conflicto por la tierra, un conflicto en el que los pueblos indígenas son el principal obstáculo, pero también lo son las comunidades ribereñas y quilombolas, los movimientos sociales campesinos o las ONG. Todos estos colectivos estuvieron en el punto de mira de Bolsonaro durante la campaña y a ellos dedicó todo tipo de descalificaciones.

Por último, cabe destacar su cuestionable campaña electoral: la avalancha de *fake news* (noticias falsas), en la que varios empresarios afines a su causa financiaron el envío masivo de millones de mensajes contra el PT y su candidato, Fernando Haddad. Fue una guerra sucia de lo más vulgar llena de vídeos y fotos editadas, frases sacadas de contexto y manipulaciones difundidas a través de todo tipo de medios, pero especialmente de WhatsApp y Facebook: desde el supuesto «kit gay» creado por el PT y que fomentaría la homosexualidad en los colegios (no era más que un programa destinado a formar al profesorado en los derechos LGTBI), hasta noticias que aseguraban que si el PT ganaba las elecciones, los niños a partir de los 5 años serían propiedad del Estado. Los mensajes circularon con tal descontrol que Haddad le propuso un pacto para frenar las *fake news* que Bolsonaro rechazó.

El agronegocio está enamorado de mí

Pasado el ecuador del primer año de gobierno de Bolsonaro, se puede decir que su entrada ha significado un amplio proceso de erosión de políticas públicas y un retroceso acelerado en políticas sociales y medioambientales. Ante lo que Bolsonaro consideraba una «superburocratización» del Estado, se han eliminado espacios importantes como el Comité Nacional de Agroecología y Producción Orgánica (CNAPO), la Comisión Nacional de Política Indigenista (CNPI) o el Consejo Nacional de Erradicación del Trabajo Infantil (CONAETI), entre otros.

En el mismo sentido, se ha interferido en los principales órganos de ejecución de la Política Nacional de Medio Ambiente, así como en su competencia para conceder licencias ambientales, fundamentales para entrar en el Amazonas. Ejemplos de ello son el IBAMA (Instituto Brasileño de Medio Ambiente y Recursos Naturales) y el ICMBio (Instituto Chico Mendes para la



Kongreya Star, el movimiento de mujeres de Rojava.
Foto: WJAR

Conservación de la Biodiversidad). A ambos se les ha prohibido hablar directamente con periodistas y divulgar cualquier información sin antes pasar por el visto bueno del Ministerio. En realidad, la mayoría de estos cambios son guiños a los grupos que ayudaron a articular su candidatura, como el agronegocio, y que se materializan colocando a sus figuras más importantes dentro del gobierno. Lo hizo Michel Temer cuando nombró a Blairo Maggi («el rey de la soja») ministro de Agricultura; y lo ha repetido Bolsonaro al colocar a Tereza Cristina («la musa del veneno») en el mismo cargo. Tal y como su apodo indica, Tereza no ha perdido el tiempo: en lo que llevamos de 2019, el gobierno ha introducido 410 nuevos agrotóxicos en el mercado brasileño, casi el doble de los que ha liberado la Unión Europea en 8 años (229). En definitiva, estos primeros movimientos del gobierno evidencian un esfuerzo por acabar con las competencias de órganos externos, facilitar el avance del agronegocio y silenciar cualquier voz que pueda obstaculizarlo.

Hablar de obstáculos para el agronegocio es hablar sobre todo de tierras indígenas, comunidades quilombolas y asentamientos de la reforma agraria, así como todo tipo de movimiento social y organización afín a su causa. Pero la persecución de estos colectivos empezó mucho antes de llegar al gobierno: «El agronegocio está enamorado de mí cuando les digo: si fuese por mí, vosotros tendríais fusiles en las fincas. La carta

de invitación para el MST es un cartucho 762. Si quieren tener un arma dentro de casa y eso depende de mí, la tendrán. Así se combate la violencia». Estas palabras de Bolsonaro durante su etapa en el Congreso son solo un ejemplo. La criminalización de movimientos como el MST (*Movimento Sem Terra*), a quienes culparon de la violencia existente en el país, ha sido una constante en el discurso de Bolsonaro. El objetivo siempre ha sido facilitar la compraventa de tierras y flexibilizar la normativa ambiental para establecer explotaciones ganaderas, agrícolas

“ La coordinación de agendas políticas de las ONG y de organismos internacionales está siendo fundamental para enfrentarse al gobierno. ”

o mineras en territorios protegidos. Ya lo está consiguiendo: durante su primer año de mandato se ha disparado la tasa de deforestación y se ha producido uno de los episodios de fuego más importantes de los últimos años.

En su intervención en la Asamblea General de la ONU de 2019, quiso afirmar el compromiso del gobierno con la protección ambiental, cuando, pocos meses antes, se había destituido al director del INPE (Instituto Nacional de Investigaciones Especiales) por publicar un informe que alertaba sobre el aumento de la deforestación en la región. En el mismo discurso, Bolsonaro aseguró: «Es una falacia decir que la Amazonia es patrimonio de la humanidad y es un error, como atestiguan los científicos, decir que sus bosques son el pulmón del mundo». Con este argumento acusó a los medios internacionales de estar guiados por un «espíritu colonialista», así como a ONG y determinados gobiernos de interferir en la soberanía de Brasil. Como si no fuera suficiente, llegó a acusar a las ONG ecologistas de estar detrás de las quemadas, un auténtico sinsentido. Al final, su estrategia de declaraciones contradictorias y el revuelo mediático que causan le está sirviendo para construir una cortina de humo que esconde sus intenciones: convertir el Amazonas en mercancía.

¡Nadie suelta la mano de nadie!

A pesar de este aluvión de retrocesos, la sociedad civil organizada sigue articulada e intenta resistir con todo en contra, construyendo puentes para denunciar la pérdida de derechos y proponer proyectos de soberanía para el pueblo brasileño. La batalla empezó el primer día de gobierno, cuando Bolsonaro propuso en el Congreso una medida provisoria para gozar de un mayor

“ La alimentación es, sin lugar a duda, una de las últimas trincheras de resistencia ante este gobierno. ”

control sobre ONG y organismos internacionales. La movilización de la sociedad civil fue tal que acabó por anular la medida. En este sentido, la coordinación de agendas políticas de este conjunto de organizaciones está siendo fundamental para construir una correlación de fuerzas más equitativa y enfrentarse al gobierno. Algunas iniciativas más amplias que parten de otros sectores también han ayudado en este aspecto. Por ejemplo, en la región del nordeste de Brasil, donde Bolsonaro perdió las elecciones en todos sus estados, las gobernaciones han construido un consorcio jurídico para captar recursos y retomar algunas políticas públicas que fueron derogadas por el gobierno federal. Este ambiente creado a nivel regional está facilitando mucho el diálogo entre la sociedad civil y la esfera pública.

Durante este año también ha habido un gran número de manifestaciones de alcance nacional en la sede central del gobierno en Brasilia, muchas han llamado la atención de medios de comunicación internacionales. Por ejemplo, la VI Marcha das Margaridas, con el lema «En la lucha por un Brasil con Soberanía Popular, Democracia, Justicia, Igualdad y Libre de Violencia» fue la mayor acción protagonizada por mujeres rurales de Latinoamérica: sumó cerca de 100.000 mujeres de todo Brasil y contó con la participación de más de 26 países. Además, también este año ha tenido lugar el *Acampamento Terra Livre*, que reunió más de 4000 indígenas de 200 pueblos diferentes que acamparon en Brasilia durante una semana para denunciar la paralización del proceso de demarcación de sus territorios y el intento de cooptación de discursos del movimiento indígena como piezas publicitarias, tal y como hizo el mismo Bolsonaro durante su intervención en la Asamblea General de la ONU.

Posteriormente, varias organizaciones como Articulación Semiárido Brasileño (ASA) o el Foro en Defensa del Amazonas han conseguido abrir frentes parlamentarios gracias a su incidencia política en el Congreso nacional, lo cual ha permitido entrar en el debate de varios temas importantes. Además, varias organizaciones indígenas de la región amazónica han estado en Roma para participar del Sínodo para la Amazonia, un evento organizado por el Vaticano que fue calificado por Bolsonaro como una «amenaza para la seguridad nacional». El sínodo ha supuesto internacionalmente una apertura de denuncias

iLula Livre!

Gracias a la campaña contra del Partido de los Trabajadores y la manipulación de la justicia, se pudo lograr la prisión de Lula sin pruebas que demostrasen un delito. En el marco de la trama anticorrupción Lava Jato, varios representantes del PT fueron detenidos por malversación de fondos. Lula fue arrestado en abril de 2018 y condenado por supuestos sobornos de empresas constructoras con dos apelaciones pendientes y sin que existiesen pruebas claras. Por entonces Lula lideraba todas las encuestas para las siguientes elecciones y se hizo evidente que su encarcelamiento solamente pretendía impedir que se presentase. El juez acusador, Sérgio Moro, se irguió como un héroe después de conseguir la sentencia de 9 años y 6 meses de prisión y, con la victoria de Bolsonaro, fue nombrado ministro de Justicia, pero más tarde se destaparían sus conversaciones con el fiscal general para orientar la sentencia hacia sus intereses, lo cual representaría un delito grave y anularía todo el proceso. El pasado 7 de noviembre, el Tribunal Supremo de Brasil revirtió la jurisprudencia por la que una persona condenada en segunda instancia podía ir a prisión a pesar de contar con dos apelaciones pendientes. Este cambio ha afectado a más de 4800 personas presas, entre ellas a Lula, que salió de la cárcel el día siguiente, con una repercusión inmensa en el país. Aún está por ver lo que ocurrirá con Lula, ya que tiene procesos judiciales pendientes, pero su vuelta, ahora en la oposición, ha avivado la esperanza de los movimientos sociales de izquierdas. En el discurso tras su liberación, aseguró que se sentía «con muchas ganas de luchar» y que «recorrerá Brasil defendiendo la soberanía nacional y el legado de su gobierno».

del ecocidio que está teniendo lugar en la región amazónica bajo el gobierno de ultraderecha.

Por último, en un contexto tan hostil para la agricultura y ganadería familiares, la alimentación es, sin lugar a duda, una de las últimas trincheras de resistencia ante este gobierno. Y esta resistencia pasa por reafirmar los principios de la soberanía alimentaria y la agroecología. Así se hizo en el último Encuentro Nacional de Agroecología en 2018, que reunió a más de 2000 personas del campo de todo Brasil bajo el lema «Agroecología y Democracia: uniendo el Campo y la Ciudad». En estos momentos llenos de obstáculos, la base social formada durante todos estos años, que abarca desde las comunidades rurales hasta los grandes centros urbanos, es lo que mantiene viva la esperanza. Centenas de mercados agroecológicos están funcionando en Brasil, conocidos como *Armazém do Campo* (Almacenes del campo), una iniciativa del MST que ya está en marcha en seis capitales de estado. Todas estas iniciativas no solo proporcionan comida a la ciudad, también construyen

nuevas relaciones de intercambio basadas en la confianza y el respeto entre personas y con la naturaleza. Y, no menos importante, nos brindan espacios para cuidarnos, celebrar la vida, alimentar el espíritu y animar la caminata del pueblo brasileño, tal y como proclama uno de los lemas que más se ha popularizado en las manifestaciones contra Bolsonaro:

«Ninguém solta a mão de ninguém!»
(¡Nadie suelta la mano de nadie!)

Carlos Magno de Medeiros Morais
Coordinador Pedagógico del Cento de Desenvolvimento Agroecológico Sabiá

Erik Hobbelink
Agroecólogo



Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo

PARA SABER MÁS

—Documental *Al filo de la democracia*, dirigido por Petra Costa (2019)



«La homogeneización cultural conecta directamente con el fascismo»

CONVERSAMOS SOBRE LA ACTUALIDAD
CON TRES MUJERES QUE DEDICAN SU ÁMBITO PROFESIONAL
Y ACTIVISTA A MEJORAR LA SOCIEDAD RURAL
DESDE DIFERENTES SECTORES Y TERRITORIOS.

Participantes

Tamara Balboa: Soy trabajadora social en un municipio de 29 pueblos con un total de 1700 personas, en la provincia de Ourense. Trabajo en un centro de desarrollo rural, Portas Abertas, que forma parte de la Confederación de Centros de desarrollo Rural (COCEDER), que actúa por el desarrollo y la inclusión social en 9 comunidades autónomas y del que desde 2017 soy la presidenta en el ámbito estatal.

Soledad Castellero: Mujer, andaluza, de pueblo, rural y seseante. Todo esto son cosas que me interpelan. Soy de un pueblo de la campiña sur cordobesa, de 4500 habitantes, pero habitualmente vivo en Granada porque soy antropóloga y profesora

en la universidad. Escribo mi tesis doctoral sobre soberanía alimentaria y movimientos migratorios forzosos desde una perspectiva de género. También soy militante del SAT.

Paula Durán: Soy de un pequeño pueblo de La Safor, una comarca entre Alacant y València. Cuando estudiaba en Castelló, empecé a militar en el movimiento *antifracking* local, entre otros colectivos y cuando volví a mi comarca, me uní a diversas organizaciones políticas dentro del eje anticapitalista, feminista y antifascista. Para trabajar de forma constructiva, empecé a aprender el oficio de agricultora desde la visión de la agroecología y ahora trabajo en eso.

¿Qué os preocupa de la sociedad actual?

Paula: A mí, tanto por mi ámbito laboral como por militante, me preocupa el acaparamiento de tierras por parte de grandes empresarios y también la polarización de la sociedad, porque es un escenario muy parecido a los que se dieron cuando creció el fascismo en Europa. Como se acaban las fórmulas por las que los superricos acumulan riqueza desde hace siglos, ahora acaparan tierra. Creo que en un futuro no muy lejano volverá a haber una especie de neofeudalismo, incluso con ejércitos privados.

Tamara: A mí me preocupan muchas cosas, como la deriva medioambiental que no tiene retorno y la falta de voluntad general para ponerle solución. En mi zona, me preocupa un medio rural que se está despoblando, la gente ha dejado de trabajar la tierra y Galicia está trayendo alimentos y bienes agrarios de fuera. La tierra empieza a concentrarse en pocas manos. ¿Qué va a pasar con el monte en mano común que existe y al que tenemos derecho para su uso y disfrute? Cuando no estemos, ¿podrá venir alguien que compre la aldea y gestione todo ese monte? También vuelve la amenaza de la minería. En las zonas donde en su día se explotó estaño y wolframio ahora hay capacidad de detectar otros minerales y se han otorgado concesiones a empresas canadienses a espaldas de la población.

Soledad: Comparto vuestras preocupaciones. En Andalucía hay 4000 hectáreas de tierra productiva en manos de la Junta de Andalucía y cientos de fincas desaprovechadas en manos de bancos como el BBVA. Estas tierras podrían redistribuirse y producir jornales, como en el caso de Cerro Libertad, en Jaén, que el SAT okupó y pudo dar trabajo a 30 familias. A mí me preocupan mucho los derechos laborales en estos tiempos en los que la ciudad ha representado el arquetipo de la modernidad, una modernidad precaria, frustrante. Y ahora toda una generación de personas hiperpreparadas encuentra un embudo de inestabilidad, competencia, paro, falta de derechos



Tamara Balboa en la puerta de su centro de trabajo en Vilardevós (Ourense).
Foto: COCEDER

“ Lo que percibo es la concepción del ‘yo poco puedo hacer’, es decir, la indefensión aprendida. ”

laborales... Andalucía me duele en el corazón porque el turismo se ha situado como el máximo exponente económico con una gran masa social que está siendo explotada.

Esta pérdida de derechos, de capacidad de gestión de bienes naturales, ¿pensáis que está provocando un sentimiento de lucha o más bien apatía y desafección política?

Paula: Yo lo que veo es que se está intentando criminalizar a las clases populares de la crisis climática y esto congela un poco la actuación porque la limita al ámbito individual en lugar de dirigirla a la actuación colectiva. Por ejemplo, organizarnos para intentar gestionar asuntos

conjuntamente, en el ámbito local, para reducir el impacto ambiental. Pero se sigue con el «no cojas el coche, no consumas carne, empobrecete más». Si no conseguimos que las clases populares se apropien de un discurso transformador que las empodere, que tome las riendas de lo que viene, yo creo que poco vamos a poder hacer.

Soledad: En Andalucía, desde hace décadas, todo lo que históricamente tenía que ver con lo colectivo y con los valores propios, como la custodia de saberes populares, la gastronomía o las formas de vida comunitaria, ha sufrido una campaña en contra que lo sitúa en el pasado y en el folclore. Las series, las películas y el cancionero andaluz mitifican todo esto y lo apalean. Claramente, ha habido un extractivismo social y cultural; por ejemplo, la oferta turística se construye a partir del sol y la dieta mediterránea, pero los salarios y los horarios laborales de la gente de aquí se han transformado tanto que comerse un puchero hoy en día es todo un lujo. Pusieron al servicio del mercado todo aquello que nos vendieron como obsoleto y nos hicieron comportarnos de forma homogénea en pos de un capitalismo extremo, moderno y futurista que está ahogando estas formas de vida que resisten como pueden a través del movimiento cooperativista, campesino y feminista, que por suerte todavía laten fuerte.

Tamara: Para movilizarnos nos falta conexión entre movimientos. Nos centramos en lo que nos diferencia en lugar de en lo que nos une, que yo estoy convencida de que es un elevado porcentaje, y juntándonos podríamos llegar mucho más lejos. En mi entorno más inmediato, lo que percibo es la concepción del «yo poco puedo hacer», es decir, la indefensión aprendida. Por otro lado, todo lo que está pasando en el mundo es fruto de un sistema y nos falta una actitud crítica. No nos acabamos de creer el poder que tenemos, falta educación democrática.

Paula: La educación democrática es un problema común y creo que la única solución es que gran parte de la sociedad se vea en una



Soledad Castellero en Arroyo Salao, cerca de su pueblo, Montalbán (Córdoba)

“Comerte un puchero hoy en día es todo un lujo. Pusieron al servicio del mercado todo aquello que nos vendieron como obsoleto.”

crisis de privilegios y derechos. Cada crisis económica permite que nos replanteemos el sistema en el que vivimos y nos demos cuenta de cómo se gestiona todo para volver a lo que ha sido siempre coherente, el modelo de vida en el medio rural, donde se guarda nuestro conocimiento, nuestras lenguas, las formas de organizarnos, esa cultura propia que permite saber qué recursos hay, cómo gestionarlos y cómo vivir con ellos, y que ha permitido sobrevivir durante mucho tiempo a las clases populares.

¿De qué manera pensáis que despojarnos de nuestras formas propias de ver el mundo nos incapacita para ejercer un diálogo cultural y de saberes y, por tanto, para solidarizarnos entre pueblos y construir colectivamente?

Soledad: Este intento homogeneizador no solo va contra el encuentro con personas de distintas culturas o latitudes, sino contra la nuestra propia. Esto se ve muy claro entre generaciones y lo estamos trabajando desde el feminismo andaluz. Al subirnos al carro del «desarrollo» nos hemos querido saltar a nuestras antepasadas. Hemos caído en la trampa de tachar de antítesis del feminismo a nuestras madres, abuelas, amigas del pueblo, porque no responden a los cánones impuestos. Eso ha hecho mucho daño. Andalucía no se entiende sin la diversidad de culturas porque ha nacido de ahí; sin embargo, el racismo es una realidad, nos proyectamos en lo blanco, una cuestión claramente de clase. Estando a 14 km del continente africano es imposible que yo no me identifique con mis hermanas del otro lado del estrecho que en su día fueron ciudadanas de ley y de derecho aquí y hoy se ven expulsadas y criminalizadas.

Paula: Para mí, la homogeneización cultural, que principalmente viene del capitalismo, conecta directamente con el fascismo y en el Estado español lo estamos viendo: ahora mismo el tema catalán supone un motivo de enfrentamiento entre los pueblos del territorio y, de alguna manera, el anticatalanismo está siendo el punto de unión de la idea de España. La estrategia del Estado es impedir que veamos como unión y riqueza nuestra propia diversidad y utilizarla como motivo de enfrentamiento. ¿Cómo podemos darle la vuelta a esto?

Tamara: Centrando mi respuesta en el medio rural, yo digo que estamos en una situación de urgencia, porque cuando desaparezcan los últimos pobladores de nuestras aldeas se habrá ido una cultura milenaria, todos los saberes, prácticas y maneras de relacionarse con el territorio que son específicas de cada lugar. Lo que me genera angustia no es solo que se queden sin gente, sino la ruptura que se va a producir. ¿Cómo van a adaptarse nuevas pobladoras sin esas personas? Todo esto agrava el riesgo de una mayor homogeneización. Sobre el diálogo cultural, yo, que tengo 33 años, he visto que cuando una mujer se quedaba viuda en los pueblos,

tuviese la edad que tuviese, se vestía de negro y se ponía una pañoleta negra en la cabeza. Alguna no se la ha quitado en toda su vida por la presión social que eso generaba. Cuando escucho comentarios sobre las mujeres musulmanas y el velo, siempre hago esa asociación. Está muy bien tener una actitud crítica ante determinados hechos, pero ¿por qué no empezamos por analizar nuestra propia sociedad? Veremos que no es tan diferente. Sin embargo, tenemos esa capacidad de considerar inferior la cultura de fuera.

¿Qué podemos hacer respecto a esta falta de capacidad crítica y autocrítica, de empatía, que nos lleva a la pérdida de saberes? ¿Qué estáis haciendo vosotras que os resulte gratificante y esperanzador en este sentido?

Paula: En mi comarca nos hemos juntado un grupo de jóvenes con las mismas inquietudes y estamos intentando buscar a personas mayores que ya no pueden seguir trabajando la tierra para conseguir cesiones, custodiarlas, trabajarlas y abastecer las redes agroecológicas. También queremos recuperar los oficios tradicionales y la gestión comunal de los recursos; por ejemplo, introducir poco a poco una asamblea en el pueblo, para trabajar tanto la parte de autoocupación como la de autogobierno. Sería fantástico que personas formadas políticamente como nosotras podamos aplicar esta forma de reinventarnos en nuestros pueblos, ver si es viable y poner en común la experiencia. Además, aquí hay algunos proyectos como el centro social Ca Saforau, en un barrio multicultural de Gandia. Allí ofrecemos asesoramiento laboral, de derecho a la vivienda, banco de alimentos, armario solidario, recogida de juguetes y material escolar, etc. El objetivo es que la gente del barrio se encuentre en estos contextos de comodidad, afectos y apoyo mutuo y no de enfrentamiento y supervivencia que es lo que viven día a día en la calle o en sus trabajos. Y por último, participo de otras organizaciones de acción y formación anticapitalista, feminista, ecologista y antifascista.

Soledad: Yo en la universidad hablo de lo cercano, de los problemas de la calle y pongo ejemplos que den una idea más clara del territorio que están viviendo, sin utilizar teorías que a veces hasta nos cuesta pronunciar. En el día de presentación del curso pasado, me resultó muy curioso que todo el alumnado fuera de Sevilla, de

Málaga... En realidad, no era así, el 90 % eran de pueblo. Hicimos la reflexión sobre desde dónde y cómo nos referimos a nosotras mismas y lo tuvimos presente durante todo el curso. Si negamos nuestro territorio de procedencia, estamos haciendo un flaco favor a nuestra identidad y favoreciendo que no se conozca lo rural porque no se enuncia. Fue algo que les hizo pensar mucho. En el plano más íntimo y personal, trato de potenciar la conciencia con el comercio

local y con el pueblo. Intento comprar aquí y dar a conocer lo que se hace, hablar con las mujeres de la familia que durante tanto tiempo dejamos de lado. El pasado no se puede recuperar intacto, hay que ararlo, ser crítica en los resquicios que tenga que darnos y mejorar lo que ya no nos vale. Quedarme en Andalucía y proyectarme como ente político en el territorio andaluz es una forma de resistir, hasta ahora me ha ido bien y no he tenido que migrar.

Tamara: Yo intento cada vez más, aunque no siempre es fácil, dar coherencia a aquello que pienso y hago. Vivo en el sitio donde nací, en un pueblo de 100 personas, y es algo de lo que me siento tremendamente orgullosa. En mi familia, siempre se me ha enseñado que estaba en el mejor sitio en el que podía estar. Se me ha enseñado a valorar el contacto con la naturaleza y sus ritmos. He tenido la suerte de estar rodeada de muchas personas mayores y de poder escucharlas. En mi entidad trabajamos con niñas y niños en centros educativos y tratamos de hacerles ver que están en el mejor lugar, que hoy en día no hay buenas opciones de vida migrando. Hay un proyecto para acoger a nuevas pobladoras, puesto que muchas casas y tierras, e incluso negocios, van a cerrarse porque no hay relevo. Tratamos de facilitar este proceso; si alguien quiere venir a un pueblo, tiene que saber lo que se va a encontrar, no puede pretender vivir aquí con un modo de vida totalmente urbano.

Paula Durán en su huerto en la comarca de La Safor (Valencia)



“ Si no conseguimos que las clases populares se apropien de un discurso transformador que las empodere, que tome las riendas de lo que viene, yo creo que poco vamos a poder hacer. ”

¿Qué es el fascismo para vosotras?

Tamara: Hay una cita muy buena de Saramago que dice que los fascistas del futuro no van a tener el perfil de Hitler o Mussolini, van a ser hombres que hablen de todo aquello que la gente quiere oír: la bondad, la familia, las buenas costumbres, la religión y la ética. Yo creo que esta es la amenaza a la que hoy en día nos vemos sometidas.

Soledad: Yo creo que el fascismo es toda esa serie de ideales, valores, planes y proyectos que van en contra de la equidad, la dignidad humana y todo intento de soberanía. La extrema derecha se sitúa en el panorama como una opción más en lugar de descartarse directamente.

Paula: El fascismo es cualquier sistema político e ideológico de opresión que instaura una dominación, que aplica represión y censura al resto de visiones y lógicas. Ahora mismo los estados casi no tienen fuerza y ese papel lo ejercen las grandes multinacionales, que imponen su punto de vista y su actividad por encima del derecho a la vida, al territorio y a la supervivencia de todas las especies del planeta.

¿Es más fácil generar cambios contrahegemónicos en un pueblo o en una ciudad?

Tamara: Si me ciño a mi realidad concreta, te diría que en un pueblo no es más fácil por varios motivos. Los cambios generalmente vienen asociados a la gente joven y aquí esa población es muy reducida. Por otro lado, está el marcaje político que sufrimos. En un ayuntamiento de 1000 personas todas nos conocemos y eso te puede facilitar las cosas, pero estamos marcadas para uno u otro lado. Cuesta mucho sacar adelante ideas y que se te escuche y esta situación ha expulsado a la gente joven con iniciativa. Esto es una lacra que sufre el medio rural gallego porque no hay prácticamente relevo político, hay alcaldías de por vida que se heredan de padres a hijos y no se le da suficiente importancia a que las listas estén formadas por gente capacitada.

Soledad: Te comprendo perfectamente. No tengo claro qué es más fácil. Todo depende de qué cambios se planteen y no es lo mismo un pueblo de interior que de costa, etc. Para tratar de incorporar cambios hay que tener confianza y saber hablar el mismo idioma, en los mismos términos, esto tiene una importancia suprema: los ritmos, los silencios, la escucha, todas estas cuestiones pueden llegar a provocar grandes enfrentamientos y arruinar proyectos importantes por no haber un conocimiento social, cultural, etc. del lugar en el que se quiere incidir. Nosotras mismas volvemos a nuestro pueblo con estas carencias porque no somos las mismas, ni el territorio al que volvemos es el mismo que cuando lo dejamos.

Hay que escuchar primero a la gente del lugar sin mitificarla y entendiendo que la complejidad está en todas partes y por supuesto en el medio rural también. Desde mi punto de vista, Montalbán no necesita grandes cambios, pero la ciudad de Granada sí, de raíz.

Paula: Mi realidad es muy particular. Mi pueblo tiene 1000 habitantes, pero está a media hora en bici de la costa y a 10 minutos de una ciudad de 70.000 habitantes. Tiene, además, un tejido social potente y siempre ha gobernado la izquierda. Bebemos mucho de la politización de los lugares de alrededor, algo que no es fácil en pueblos de interior. En este contexto, creo que el medio rural es el lugar donde construir porque hay confianza y es más fácil introducir un discurso político transformador. En las ciudades, el aislamiento dificulta la comunicación y el conocimiento mutuo. Aunque se están construyendo movimientos como el del derecho a la vivienda, pienso que, de alguna manera, son esfuerzos perdidos porque en 30-40 años la gente va a volver al medio rural, las ciudades van a dejar de proporcionar medios de vida. Deberíamos apostar porque el mundo rural es el futuro, pero sin mistificarlo, ya que la idealización solo ayuda a ocultar las verdaderas posibilidades de vida en él.

Tamara: Hay muchas personas en otros lugares de Galicia con las que comparto muchas cosas y con las que puedo poner en marcha cambios: actuando desde mi propio lugar, pero sin ceñirme necesariamente a mi municipio. Esas alianzas son la clave.

estallidos
de libertad

El actual régimen económico, que abarca todo, tiene mucho de totalitario. El neoliberalismo, la fase actual del capitalismo, está dejando poco margen para otras formas de entender la vida, incluida la visión rural o campesina. Pero, como resaltamos en este Vistazo, aunque poco visibilizadas, son muchas las acciones y movimientos de lucha presentes en el campo en nuestros días.

Huerto comunitario La Kol-lectiva (La Safor, País Valencià)

Vivimos en una zona afectada por el monocultivo de la naranja, el uso de pesticidas y el abandono y empobrecimiento de la tierra. La especulación urbanística de nuestra comarca infla el precio de la tierra, sin una ordenación del territorio sostenible y con la biodiversidad amenazada.

Funcionamos como terreno comunitario, como comunidad en continuo aprendizaje y experimentación, aprendiendo a cuidar la tierra desde una perspectiva holística. Consideramos que mantener y fomentar espacios libertarios es la mejor forma de combatir la violencia y el fascismo, que nutre al Estado y al sistema capitalista del que trabajamos por independizarnos. Siempre nos ha inspirado la tradición histórica del comunal ibérico y las colectivizaciones durante la Guerra Civil y quienes dignifican la manera de producir y alimentarse, como Fukuoka, John

Seymour o Bill Mollison. Por eso, nuestros principios son:

1. frente a la competencia, apoyo mutuo
2. frente al trabajo asalariado, el trabajo autogestionado
3. frente a la empresa competitiva individual, la cooperativa de trabajadoras

Nuestras formas de lucha son la okupación, el autoconsumo y la autogestión. Usamos las redes sociales para la difusión de nuestras actividades y convocatorias. También nos servimos del crédito mutuo y la moneda social como herramientas para luchar contra el euro y fomentar la economía circular y de proximidad, así como del apoyo mutuo (*a tornallom*) y la permacultura.

<https://ecoxarxasaforvall.wordpress.com/la-col-lectiva/>

Movilización de trabajadoras del Grupo Godoy (Almería)

En la provincia de Almería ha tenido lugar recientemente (otoño 2019) una huelga de 30 días por parte de las 43 personas trabajadoras de la empresa de hortalizas Grupo Godoy, quienes, habiendo sido privadas de sus derechos fundamentales, han decidido reclamarlos de forma clara, concisa, política y simbólica. Un incumplimiento de los estatutos, una ausencia salarial y una falta de respeto a las condiciones que les corresponden fueron, entre otras causas, el detonante. El responsable provincial del SAT (Sindicato Andaluz de Trabajadoras y Trabajadores) de Almería, José Cuevas, ha estado en primera línea:

En el campo de Almería existe desde hace bastante tiempo una situación de explotación y en los últimos dos años, los trabajadores y las trabajadoras de la industria del manipulado están tomando conciencia. Con la ayuda del sindicato, han pedido sus derechos, organizándose y movilizándose ante la patronal. El del Grupo Godoy no es un caso único; ha habido bastantes conflictos en algunas empresas, sobre todo grandes, y algunas de ellas son empresas que se han apuntado a la moda del capitalismo verde, a la moda bio que no es más que la continuidad de un modelo de explotación de los recursos y personas.

El mercado laboral y la propia producción agrícola en Almería, lo dominan la ideología capitalista neoliberal, las grandes multinacionales de la agroquímica, de la distribución y demás. Ellas han hecho que la agricultura aquí se rija por los valores de la bolsa, el mercado regula los precios, y esa ideología la han trasladado a las relaciones laborales. Tenemos enfrente al continente africano, que tiene una situación más difícil que la nuestra, y precisamente el capitalismo y la burguesía local se han aprovechado de ella para desregular el mercado laboral. Lo vemos en los más de 4000 trabajadores que viven en chabolas.

El fascismo ha cuajado incluso en sectores trabajadores de la población, por lo que entendemos que la única forma de romper esto es la lucha social y política en los barrios e intentar aunar a toda la clase trabajadora, porque da igual de dónde vengan, están sometidos a explotación tanto quienes vienen de Marruecos como quienes son considerados de Andalucía. Hay que plantarles cara a quienes plantean esa política económica y esa ideología fascista y racista.

Primero, hay que informar sobre sus derechos a las personas afectadas y facilitar los medios para la lucha. La caja de resistencia, que ha sido fundamental para que la gente pueda aguantar estos treinta días, ha sido apoyada por compañeras y compañeros de distintas regiones de Europa, Andalucía y otros sitios del Estado. Segundo, lo que le preocupa a la mafia que gobierna aquí es la presión comercial; por eso, es importante ponerla en evidencia mediante informes pormenorizados que puedan enviarse a las certificadoras, cadenas de supermercados y asociaciones de consumidores para que no sean cómplices de la explotación. Una asociación de consumo de Inglaterra nos ha echado una mano importante en esta situación. Y, tercero, hace falta movilización, para visibilizar el conflicto en la calle. Quieren aparentar que aquí no pasa nada; pero si sacamos a la luz esta realidad oculta de miseria y explotación, eso se termina por discutir en la agenda de quienes nos gobiernan.

La resolución del conflicto ha tenido un buen resultado, al menos el que las personas trabajadoras han decidido en asamblea. A mí me hubiese gustado la vuelta al trabajo de todas las implicadas, pero tras un mes de lucha y desgaste, un grupo aceptó que se le indemnizase la totalidad de su despido y otro ha empezado a trabajar aguantándole el pulso a la empresa. Creo que las luchas van a continuar, los conflictos nunca mueren. Hemos avanzado un poco, pero van a intentar salirse con la suya y hay que continuar en pie para conquistar derechos.

Lo que pueden hacer quienes lean esta revista, fundamentalmente, es apoyar a esas personas que intentan organizarse aquí en Almería teniendo en cuenta que la «huerta de Europa» va a aumentar la producción ecológica y esta producción va a perjudicar a quienes ejercen la agricultura y la ganadería en otros territorios que tienen conciencia y responsabilidad social con las personas trabajadoras que se organizan. Si no queremos que el mercado europeo se inunde de productos 'bio' bajo los parámetros de la explotación, es necesario apoyar la lucha de las personas trabajadoras y poner el foco en ellas.

Sindicato Andaluz de
Trabajadores y Trabajadoras (SAT)

ESCANDA (Ronzón, Asturias)

Los métodos y motivos de nuestras luchas se recogen en el nombre completo de nuestro colectivo: Espacio Social Colectivo para la Autogestión, Diversidad y Autonomía (ESCANDA). Apostamos por la gestión colectiva de nuestras vidas como herramienta de lucha contra el individualismo consumista y destructivo y contra el sometimiento a las normas impuestas por el mercado y el Estado.

El fascismo mercantil y estatal, y sus manifestaciones contemporáneas nos aprietan el cuello con mordazas legislativas; la alienación creciente cada vez nos distancia más de la producción y reproducción de nuestras vidas y recursos. Queremos contribuir a los debates e imaginarios sociales, no solo con voces disidentes, sino también visibilizando prácticas alternativas.

Apostamos por la construcción de alternativas viables, por abrir grietas en los márgenes del

sistema que sean accesibles para todo el mundo. Intentamos cuestionar todo lo dado por hecho y reconstruir nuestras vidas desde el cariño y la ternura radical. Trabajamos para ampliar las redes de colaboración y apoyo mutuo con el objetivo de alcanzar la soberanía alimentaria y tecnológica. Creemos en la recuperación de lo rural, tanto del espacio como de sus saberes. La okupación nos parece una estrategia legítima y necesaria para ello, lo mismo que compartir los conocimientos de manera horizontal y gratuita. Apostamos por la economía neopaisana, colectiva y autogestionada.

Nos inspiran nuestras abuelas, las brujas, las paisanas y todas las luchas desde los márgenes, anticolonialistas, indígenas, maricas. Nos inspiramos en las luchas anarquistas y transfeministas, tanto por su pensamiento como por sus estrategias.



Cursos de música en la comuna de Şehid Mezlum en Rojava. Foto: WJAR

Pobladores de Fraguas (Guadalajara)

Este es un proyecto de okupación rural, lo que significa que luchamos en contra de la privatización de las tierras antiguamente comunales. También es un proyecto de recuperación de la memoria. Buscamos un espacio de empoderamiento para desarrollar valores como la autosuficiencia, el autogobierno, el apoyo mutuo y la vida en comunidad, gestionando los recursos colectivos disponibles de forma respetuosa con la naturaleza, de manera que nos permitan vivir de una manera digna.

El fascismo en este país está presente en muchos aspectos de la vida. Sin ir más lejos, las expropiaciones de los pueblos se perpetraron durante la dictadura de Franco, con la excusa de sus plantaciones masivas de pino (para un presumible interés económico futuro que con el tiempo no dio la rentabilidad esperada), que lo que buscaban era desalojar los pueblos para conseguir mano de obra en las fábricas de Madrid y el corredor del Henares y quitarse de un plumazo los problemas que las gentes libres y alejadas de los poderes de la capital pudieran llegar a dar.

El fascismo es gran amante de la opresión, la vida que hemos llevado siempre en la ciudad donde todo está prohibido y regulado. Por eso queremos autoabastecernos de alimentos y de energía, y apoyarnos en comunidad para ser dueñas de nuestras propias vidas. El Estado ve un peligro en proyectos como el nuestro, una posibilidad de que algo salga de su control y, como todo poder fascista y autoritario, quiere reprimir cualquier estallido de libertad. La solidaridad es nuestra mejor herramienta. Una de las razones que vertebran este proyecto es que es un punto de encuentro rural. Queremos ayudar a crear una red de rizomas que autónomamente difundan

y apoyen el espacio a las duras y a las maduras, haciendo crecer el poder popular que salvará Fraguas: charlas a escala europea, redes sociales, manifestaciones coordinadas, cartelería, pintadas y acciones directas diversas, con la intención de advertir al sistema de que estamos preparadas para resistir.

Son cientos y cientos los ejemplos que tenemos de lucha por la tierra y el territorio, la autonomía y la libertad... Desde la insurrección campesina de Casas Viejas (Cádiz) hasta el EZLN, Lakabe (Navarra) y otros proyectos que nos recuerdan que hay que resistir, defender y luchar por esta forma de vida como el bosque de Hambach (Alemania), las ZAD (por sus siglas en francés, «zona a defender»), los pueblos de Itoiz, Sasé... Nos inspiramos en las personas que les han dado vida, que siguen plantando cara, compas que nos recuerdan cada día por qué y para qué estamos y que seguiremos okupado y repoblando. Para acabar, queremos mencionar a quienes poblaron Fraguas en el pasado, como Isidro Moreno García, cuyas palabras nos inspiran y acompañan cada día:

Para los nuevos habitantes de Fraguas: A ver si vosotros recuperáis la historia de nuevo de este pueblo, aunque algunas instituciones tanto militares como religiosas hayan tratado de destruirla y hasta el gobierno quiere venderlo a particulares (finca privada prohibido el paso). Quiero recordaros que tratéis con cariño y el respeto que se merecen a esas piedras que hoy están muertas y caídas entre las zarzas y la maleza, que en otros tiempos tuvieron vida y formaron parte de la historia de estas gentes que tanto lucharon por la vida y tantas calamidades pasaron.

Jaume Franquesa

Frente al fantasma que recorre Europa, Iniciativa para una Política Rural Emancipatoria

Un fantasma recorre Europa, pero no es aquel que vislumbrara Marx. Se trata del auge y la extensión de partidos y movimientos de extrema derecha, prestos a aplicar políticas excluyentes y antidemocráticas, encumbrar liderazgos autoritarios y promover una visión jerárquica del orden social. En la Europa de los últimos años, la lista de partidos de ultraderecha, con sus respectivos líderes con ínfulas autoritarias —de Salvini a los hermanos Kaczynski y de Viktor Orbán a Nigel Farage—, no ha hecho más que crecer; de hecho, hoy en día acumulan de media alrededor del veinte por ciento de los sufragios. De esta tendencia no se salvan ni aquellos países que hasta hace poco se suponían inmunes al «contagio» —véase el caso español— ni los estados del bienestar más consolidados, como atestigua el auge del partido ultranacionalista y antiinmigración Demócratas de Suecia, asentado como tercera fuerza parlamentaria y cuya base de votantes se encuentra en el mundo rural.

Pero esta última observación no nos debe llevar a equívoco: el presunto carácter mayoritariamente rural de este fantasma, sugerido con veleidades exculpatorias por no pocas voces del progresismo urbano, debe ser negado sin ambages. Más allá de ciertas especificidades nacionales, la extrema derecha gana apoyos tanto en contextos rurales como urbanos. Pero como fenómeno que *también* es rural, la renovada crecida del fantasma requiere que quienes desean construir un mundo rural más abierto, próspero y vivo le presten atención y lo combatan.

Esta última era la premisa de partida del congreso «Populismo autoritario y mundo rural», auspiciado por una serie de organizaciones progresistas, tanto de carácter académico como activistas, incluida La Vía Campesina, al que asistí en la ciudad neerlandesa de La Haya en marzo de

2018. El congreso combinó conferencias y mesas redondas —donde diversos testimonios daban cuenta de la extensión de las políticas reaccionarias en el mundo rural, desde Estados Unidos hasta Turquía y desde Alemania hasta Brasil— con sesiones de más pequeño formato, proclives a generar oportunidades de discusión y reflexión. El congreso constituyó el evento inaugural de la Iniciativa para una Política Rural Emancipatoria (ERPI, por sus siglas en inglés), un proyecto que busca generar complicidades y debate entre la diversidad de agentes vinculados al mundo rural preocupados por el renacer de corrientes políticas autoritarias y excluyentes.

En este sentido, el objetivo de ERPI es triple: comprender las razones que explican la creciente penetración de la extrema derecha, analizar las consecuencias de este proceso y, por último, detectar y ayudar a desarrollar formas de resistencia y alternativas al fenómeno. Con este horizonte en mente, a partir del congreso, se fueron creando grupos o comisiones geográficamente circunscritos. Así, junto con otros investigadores como Natalia Mamonova (Instituto Sueco de Asuntos Internacionales) o Giulio Iocco (Universidad de Calabria) he colaborado en la puesta en marcha de ERPI-Europa.

En su año aproximado de vida, desde ERPI-Europa hemos puesto en movimiento varias iniciativas, tales como mesas de debate o una página de Facebook donde se comparten noticias y propuestas para luchar contra el auge de la extrema derecha en el campo europeo. Asimismo, estamos preparando un número monográfico para la revista *Sociología Ruralis*, que cuenta con una gran variedad de estudios de caso, tales como, entre otros, las políticas rurales (y xenófobas) de Orbán en Hungría, el porqué del respaldo mayoritario al Brexit en la Inglaterra rural o el creciente apoyo



Las academias, un cimiento importante del confederalismo democrático de Rojava. En ellas se puede adquirir una base para el conocimiento en relación con su propia historia, cultura, filosofía y desarrollo social. Foto: WJAR

a la Lega de Salvini entre los agricultores de la Italia meridional. En su introducción, los coordinadores de este número destacamos algunas de las ideas que hemos aprendido durante estos meses de reflexión y puesta en común. Destacaré dos que me parecen especialmente importantes:

La primera, que debemos buscar el origen del auge de la extrema derecha en décadas de políticas agrícolas neoliberales que han precarizado y empobrecido a los habitantes del mundo rural europeo, socavando su autoestima y alimentado el sentimiento de abandono, y todo ello en un contexto general de erosión de las soberanías populares.

La segunda, que la construcción de alternativas tiene que forjarse a partir de iniciativas localizadas pero capaces de crear conexiones, tanto en el ámbito regional, nacional y transnacional, como también, y quizás especialmente, entre el campo y la ciudad. Para citar solo dos ejemplos bien distintos, podemos referirnos a Fuorimercato —una organización autogestionaria, creada a partir de la alianza entre una fábrica recuperada en el norte de Italia y una asociación de defensa de las condiciones laborales de

los migrantes del enclave agrícola sureño de Rosarno— y al Village Action Movement de Suecia, un movimiento que agrupa más de 4000 municipios y que tiene por objetivo promover iniciativas económicas, reforzar redes solidarias y mejorar las condiciones de vida en el entorno rural. Ambos movimientos se desarrollan en contextos golpeados por la crisis, donde la extrema derecha gana apoyos explotando la frustración existente y proponiendo respuestas facilonas. Pero, con su acción, estos y otros movimientos hermanos demuestran que es posible responder al sentimiento de abandono y la demanda de dignidad del mundo rural desde posiciones emancipadoras, comprometidas con el entramado social local y su medio ambiente, posiciones que, hoy más que nunca, son y deben ser decididamente antifascistas.

<https://www.facebook.com/TheERPI/>

Jaume Franquesa
Profesor titular de Antropología
Universidad Estatal de Nueva York en Buffalo

Guatemala: un tribunal ético contra los monocultivos

Alba Guitart

Artículo basado en el número 65 del boletín
El Observador [diciembre 2018 - marzo 2019] dedicado a
La Blanca: Un municipio invadido por los monocultivos.

«Nada de lo que sucede hoy en Guatemala puede entenderse sin conocer su historia reciente», afirma el libro *Los monocultivos que conquistaron el mundo*, de Aurora Moreno Alcojor, Laura Villadiego y Nazaret Castro. Y sigue: «Guatemala es uno de los países más desiguales y atravesados por la violencia racista, clasista y patriarcal». Además, la tierra se concentra en muy pocas manos y el deterioro del nivel de vida de las comunidades campesinas, en primera instancia, y del país en general, no parece detenerse. Vemos que las tasas de pobreza y extrema pobreza se han disparado en los últimos años, impactando directamente sobre la nutrición de las personas. Como indica el PNUD, «el 49,8 % de los niños menores de cinco años sufren de desnutrición crónica, la tasa más alta del continente. La incidencia de pobreza en el país es del 90,6 %, es decir, que este porcentaje de personas sufre algún tipo de privación; el 62,4 % vive en pobreza media; el 29,6 %, en pobreza extrema y el 3,6 %, en pobreza severa».¹

La expansión de los monocultivos de exportación y otras actividades extractivas, impuesta por un modelo de desarrollo colonial, es en gran medida la responsable de la configuración

económica y social de todo el país. El «divorcio obligatorio entre naturaleza y gente», según Eduardo Galeano, que genera pobreza, violencia y desigualdad.

Demanda al estado de Guatemala

Después de siglos de enfrentamientos y resistencia contra los monocultivos por parte de las poblaciones campesinas e indígenas de Guatemala, en octubre de 2015 se decidió añadir una nueva fórmula de acción. Con motivo de la VII Audiencia Pública del Tribunal Latinoamericano del Agua (TLA) se expusieron tres casos relacionados con conflictos derivados del cultivo de caña, palma aceitera y banano. El TLA «es una instancia internacional, autónoma e independiente, de justicia ambiental, creada con el fin de contribuir a la solución de controversias relacionadas con los sistemas hídricos en América Latina»². Se trata de un tribunal ético, no vinculante, que sustenta su acción en un análisis científicotécnico y jurídico de la información y de las pruebas que se le presentan.

El primer caso denunció cómo la expansión del monocultivo de palma africana impide garantizar el derecho a la vida, a la salud y el acceso al agua de las comunidades. El segundo denunció



Cooperativa de queso y yogur en Derik (Rojava).
Foto: WJAR

el monocultivo de banano en la costa sur del departamento de San Marcos y su impacto en las fuentes de agua y el derecho a la alimentación. Por último, el tercero, promovido por más de 180 comunidades de 17 municipios de los departamentos de Suchitupéquez y Retalhuleu, en la costa de la VI Región o Suroccidente (Pacífico), pide explicaciones acerca de un supuesto modelo de desarrollo agroindustrial basado en el monocultivo y el procesamiento de la caña de azúcar y sus derivados que afecta negativamente a los ecosistemas y los modos de vida tradicionales.

La acusación

Los tres monocultivos analizados, que funcionan bajo la lógica capitalista de la acumulación, son responsables del acaparamiento de tierras por parte de las grandes corporaciones, reproduciendo un modelo basado en proyectos de extracción y explotación de bienes naturales, principalmente para la exportación, que no ha sido legitimado por un proceso democrático inclusivo y transparente. Este acaparamiento de tierras se da en una Guatemala con una frágil institucionalidad donde el acceso a la tierra, a pesar de ser un tema central de los Acuerdos de Paz de 1996, no se ha llegado a resolver. De hecho, es común el acaparamiento de tierra por parte de terratenientes o grandes empresas, aprovechando situaciones en las que no hay claros registros de propiedad (sobre tierras ancestrales de uso comunal, tierras baldías del estado, tierras que pasaron de un municipio a otro y donde se perdieron los registros, etc.). De la misma manera, las autorizaciones

para que las empresas puedan hacer todas las infraestructuras necesarias para la maximización de la producción de caña, banano o palma, como embalses, bordas de protección y canalizaciones de desguace de aguas, o la tala indiscriminada de bosque o selva para ampliar la plantación de cultivos nunca, ni tampoco ahora, se dan con los suficientes estudios de impacto ambiental (EIA). Los EIA, *de facto*, han sido meros trámites para las empresas, que ni han cambiado su modo de proceder ni se han hecho responsables de las carencias en agua o las inundaciones que estas infraestructuras generan en las comunidades con las que comparten los ríos. A este tipo de infraestructuras, además, se suman prácticas con graves repercusiones ecológicas, como la interconexión de ríos por medio de canales y el desvío de los cauces en fincas privadas (ambas sin autorización), y hasta la autorización negligente por parte del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Alimentación (MAGA) de múltiples extracciones de agua.

Por si fuera poco, no existen planes de gestión de residuos de ningún tipo, con lo que grandes cantidades de desechos orgánicos e inorgánicos se queman o se acumulan en los bordes de las plantaciones o en las comunidades sin que nadie se haga cargo de ellos.

Aparte, el uso intensivo de la tierra para el monocultivo requiere herbicidas, productos para enriquecer el suelo y plaguicidas muy contundentes para no perder la cosecha. El herbicida glifosato se esparce de forma aérea y va más allá de las plantaciones, envenenando tierra y ríos, y

1. https://www.gt.undp.org/content/guatemala/es/home/ourwork/povertyreduction/in_depth.html

2. <https://tragua.com/quienes-somos/>



Unidades de defensa de las mujeres (YPG).
Foto: WJAR

generando enfermedades en las comunidades alejadas por contacto directo o por consumo indirecto del agua o de productos de tierras afectadas.

La presencia de estas corporaciones también ha cambiado muchas de las prácticas comunitarias tradicionales. Un ejemplo es que el maíz ya no se come seco, sino que se corta aún húmedo, pues es la única manera de evitar perder la cosecha por las inundaciones que causan las plantaciones extensivas de caña, banano y palma aceitera que sacan, desde las primeras lluvias, los excesos de agua que dañan las raíces de sus cultivos. Este cambio de hábitos provoca que la producción sea más baja, que el maíz sea menos nutritivo y que se arriesguen a que se pudra.

La resolución

Con toda esta información en la mesa, el Tribunal Latinoamericano del Agua responsabilizó al Estado de Guatemala «por intimidación, amenaza y criminalización de la protesta social así como de toda represión contra las personas líderes y defensoras de los derechos humanos y en particular del derecho humano al agua». Así como «por la omisión de informar y consultar a las comunidades, por las afectaciones a las áreas naturales protegidas y su biodiversidad, por propiciar el desplazamiento de comunidades enteras, por las afectaciones al derecho de los pueblos indígenas y la falta a la debida diligencia por no aplicar los principios de precaución y prevención establecidos tanto en la normativa nacional como

internacional». En el caso de la palma aceitera añade un tercer punto: «No haber investigado, señalado a los responsables y reparado los daños ocasionados a la vida de las personas afectadas y a la naturaleza, de tal manera que hechos como estos no vuelvan a repetirse», en particular por el ecocidio del río de la Pasión que afectó a más de 14.000 personas de más de 20 comunidades.

Y, sin embargo, desde estos veredictos nada o poco ha hecho el Estado de Guatemala, que hoy continúa en una deriva autoritaria muy particular, pues junto al cese definitivo de la Comisión Internacional contra la Impunidad de Guatemala (CICIG) y la deslegitimación de sus logros, ha puesto en marcha una serie de iniciativas que allanan el terreno a la represión de movimientos sociales y fortalecen el estado de impunidad generalizada, como son el estado de sitio en medio país, la ley de ONG para la censura y la intervención de las mismas o la reforma del salario mínimo. Desde 2018, han aumentado el número de desapariciones y las incesantes amenazas a defensores y defensoras de derechos humanos en el país.

Alba Guitart

Artículo redactado por la ONGD Farmamundi, en el marco de su Programa de protección de defensores/as de derechos humanos en Guatemala y El Salvador, financiado por la ACCD.

El monocultivo rompe la memoria de la relación con la tierra

Alex Vásquez

Saludo este espacio para poder dejar palabra y sentir desde Iximulew, lo que conocemos como Guatemala.

La primera diferencia que podemos hacer entre los monocultivos y nuestras milpas* es que en la milpa encontramos pluralidad. No solo es maíz (nosotras no hablamos de maizales), sino que también se encuentran las llamadas *malas hierbas*, que igualmente son alimento para nosotras. Hay una relación de juego y de vida con la semilla y con cómo la cuidas. En algunos casos he escuchado que el pueblo maya explota a la infancia porque hacen una jornada de trabajo en el campo, pero no todo el tiempo estás trabajando, estás jugando y en algún momento el abuelo o la abuela te llama y te explica. Es como tu escuela de vida, es lo que ha sostenido nuestro pueblo por mucho tiempo, por un montón de relaciones de vida. En la milpa hay diferentes tipos de plantas y animales; en algún momento se siembra y se cosecha en un lado de la tierra, luego se le da un tiempo para descansar y se siembra en otro. Para nosotras, hablar de nuestra relación con las semillas y con la tierra es hablar también de una relación organizativa, comunitaria y espiritual, porque quien está sembrando frijol te lo cambia por maíz y aprendes a relacionarte, procurando no dar menos maíz y recibir más frijol. Esta relación espiritual nos ayuda a tejer.

El monocultivo extendido se impone en un ambiente territorial que de antemano no es propicio para la planta y empieza a desplazar la vida que tiene la tierra, porque ya no puedes sembrar otra cosa. Los agroquímicos dañan el cuerpo y envenenan la tierra, la comunidad, tu relación con la tierra. Y un momento muy triste y muy duro para nosotras es cuando llega la palma aceitera y te dicen «te vamos a alquilar tu tierra y vamos a sembrar». Se trata de una nueva táctica; no te la compran, no te despojan de ella, solo te la alquilan por dos meses y te pagan una cantidad que te hace falta debido a tu situación de pobreza. Pero ¿qué pasa después? Que ya no vas a poder sembrar nada más porque se enferma y se enferman también los ríos porque reciben todos los residuos de agroquímicos. Esta gente se protege con seguridad privada y

tiene una forma de amedrentar los cuerpos en nuestros territorios: hay violencia sexual, acoso... Rompen totalmente la armonía en la comunidad.

Ahora la situación es compleja. La palma aceitera en mi territorio maya quechi ha sido muy perversa, ha habido secuestros, han dividido las comunidades, ha habido pactos de corrupción y de impunidad en el estado nación colonial y en sus formas de no reconocer la autonomía de la organización de los pueblos en relación con la tierra. La situación es compleja también económicamente porque mucha gente que ha alquilado la tierra acaba yéndose a la ciudad o a otro país porque su tierra ya no la puede vender porque ya no sirve. Es bien duro tener que decir que la tierra ya no sirve y que la tierra se alquila. Y sabemos desde qué grado de empobrecimiento lo hace la gente, no podemos estar en una nebulosa: quien tiene hambre busca qué comer.

Hablar de soberanía alimentaria es hacer una apuesta política por la vida y no solo por el alimento desde ese bienestar de la ola vegana o ecológica. No ataca únicamente al alimento que te estás metiendo en el estómago, va más allá de saber que es algo ecológico o no. ¿Qué implica el monocultivo política, económica y espiritualmente para los pueblos, para la vida, para las niñas, para las mujeres? El monocultivo no es una propuesta de vida, ni de trabajo ni de desarrollo, es destrucción por todos lados, rompe la memoria de la relación con la tierra. Nuestra milpa es una relación de vida y el monocultivo es una relación de producción.

Alex Vásquez

Tzk'at, Red de Sanadoras Ancestrales del Feminismo Comunitario Territorial en Iximulew-Guatemala

*La milpa (del náhuatl milpan: milli, 'parcela sembrada' y pan 'encima de') es un agroecosistema mesoamericano tradicional conformado por un policultivo cuyos principales componentes son maíz, frijol y calabaza.

A PIE DE BARCO

Marcos Santamaría

LA VÍA CAMPESINA DE LOS PUEBLOS PESCADORES

Los problemas de la pesca artesanal son globales: pesca industrial, aumento de la acuicultura a gran escala, contaminación, crisis climática o la amenaza del «crecimiento azul». El Foro Mundial de Pueblos Pescadores, formado por 29 organizaciones de 23 países, tiene como objetivo dar voz a las comunidades pesqueras de pequeña escala ante organismos internacionales, poniendo en valor sus formas de vida y su gestión de los recursos pesqueros, la protección de la biodiversidad y la defensa de los derechos humanos.

Tengo 24 años y toda mi vida he estado relacionado con el mar porque mi familia está vinculada directamente a la pesca. Estudiar Ciencias Ambientales me permitió ampliar mi punto de vista sobre el sector. Vivo en Ribeira, Galicia, donde trabajan varios miembros de la asociación APROAMAR, formada por personas autónomas del sector pesquero artesanal y representante en el Estado español del Foro Mundial de Pueblos Pescadores (WFFP, por sus siglas en inglés). Ellas me dieron la oportunidad de participar en la toma de decisiones y la realización de proyectos y, con el paso del tiempo, me eligieron miembro del Comité de Coordinación del WFFP. Allí asumí responsabilidades al formar parte, entre otras cosas, del proceso de implementación de la Declaración del Campesinado, del Marco Estratégico Mundial desarrollado por el CIP y la FAO.

Los problemas que afectan a la pesca artesanal no son hechos aislados, sino fuertemente interconectados. Por eso, de forma muy parecida a como ocurre con la agricultura campesina, no es posible defender la pesca artesanal desde un punto

de vista social o cultural sin hacerlo también desde el punto de vista ambiental y de la crisis climática. Es fundamental contar con una agrupación internacional que presione desde abajo para mejorar la grave situación que vive la pesca a pequeña escala.

Contaminación, crisis climática y privatización del mar

La pesca artesanal ve disminuir sus capturas en contraposición con la flota industrial, que utiliza artes a gran escala y poco selectivas como el arrastre o la pesca eléctrica, invade espacios en los que trabajan las embarcaciones de pesca artesanal acabando con las reservas en muy poco tiempo y destruyendo formas de vida. Todo esto está apoyado por gobiernos e instituciones internacionales. Países como Senegal o Mauritania no necesitaban más de 20 minutos de pesca al día para abastecer su población costera durante semanas, pero desde la llegada de la flota industrial, las embarcaciones artesanales tienen que alejarse más de 10 o 15 millas de la costa para poder encontrar pescado.

La acuicultura industrial comparte muchos de los efectos negativos de la pesca industrial, especialmente en lo referente al acaparamiento de las aguas. Se privatizan grandes cantidades de agua para alojar inmensas jaulas de peces, instalaciones que expulsan a las comunidades pesqueras locales. La mayoría de las especies piscícolas en jaulas son alóctonas a la zona en donde se instalan y a menudo, como en el caso del salmón o la tilapia, son grandes depredadoras de otras especies, y causan estragos medioambientales cuando existen fugas o roturas de las jaulas. La huella de carbono de la acuicultura y la pesca industrial es mucho mayor que la de la pesca artesanal porque consume muchos más recursos, aumenta el efecto invernadero y propicia la crisis climática.

En nuestro sector existe una mayor concienciación sobre la contaminación de plástico de las masas de agua. Hoy en día se cuida mucho no tirar al mar cajas plásticas, cabos o cualquier tipo de desecho propio de la actividad. El mayor son los denominados microplásticos, que acaban siendo ingeridos por las especies marinas y pasan a la cadena trófica, provocando enfermedades a las poblaciones, tanto marinas como terrestres.

Sin embargo, el cambio climático es el problema más preocupante para la pesca, ya que inestabiliza el sistema, dando lugar a la proliferación de especies alóctonas y a la desaparición de otras. La disminución de los bosques de coral es debida principalmente a la acidificación de las aguas marinas, consecuencia directa del cambio climático, un efecto muy nocivo al que hay que sumar la contaminación por hidrocarburos o el uso de artes de pesca no selectivas como arrastreros. En temas de medio ambiente todo está conectado.

Por último, es importante mencionar el «crecimiento azul» (*blue growth* en inglés) que Europa está promoviendo y que sitúa a la pesca como sector de futuro por el que «apostar» a favor del desarrollo sostenible. Como en tantos otros ámbitos, detrás de esta moda, encontramos el ánimo de lucro de siempre: empresas petroleras, de gas, mineras y empresas de turismo a gran escala, y con ellas privatizaciones de playas y costas, acuicultura y pesca industrial a gran escala, etc. Un ejemplo es la declaración de algunas áreas marinas protegidas que expulsan a las poblaciones pesqueras que, tradicionalmente, han cuidado y gestionado esas áreas. Tras la imagen de pequeños proyectos de ecoturismo y conservación del medio ambiente o de estudios sobre esta materia, se esconde un desarrollo de capital con la complicidad de gobiernos e instituciones para que las empresas más poderosas sigan aumentando su riqueza. Utilizan a personas de las comunidades pesqueras para lavar su imagen en vídeos y portadas de folletos.

Organizarse para cambiar esta situación

El WFFP colabora en diferentes espacios de diálogo y de realización de proyectos de la FAO o la ONU, como la publicación de las directrices de la pesca a pequeña escala, que fueron aprobadas por el COFI (Comité de Pesca de la FAO, en el cual concurren también los gobiernos) y redactadas por el grupo de trabajo de pesca del CIP (Comité Internacional de Planificación para la Soberanía Alimentaria), del que forman parte otras organizaciones internacionales, incluyendo pueblos indígenas. Igualmente, hemos



participado, junto a La Vía Campesina, en el proceso para la Declaración de los Derechos Campesinos, aprobada por la ONU en 2019.

Otra tarea fundamental del WFPP es la redacción de informes e investigaciones que logren incidir en los medios de comunicación y en la población para ayudar a entender la situación que vivimos. Asimismo, publicamos manifiestos para posicionarnos sobre sucesos concretos, como el de 2018 sobre la primera conferencia internacional Our Ocean en Indonesia, que apoyaba el «crecimiento azul». En cuanto a las problemáticas regionales, en el Foro cobran gran importancia los 5 grupos de trabajo continentales (Europa, América, África, Asia y Pacífico Sur).

Los objetivos se aprueban en la asamblea general, formada por todas las organizaciones miembros, y es competencia de la secretaria y del comité coordinador alcanzar los objetivos que se marcan. Las tareas se reparten entre los diferentes grupos de trabajo, cuyas reuniones, con personas de procedencia tan diversa, son muy enriquecedoras. Siempre hay buen ambiente de trabajo y se conversa de forma constructiva (eso sí, con ayuda de intérpretes, que tienen un papel clave).

Contamos con varias organizaciones que apoyan en términos económicos, de logística, ejecución de trabajos, etc., como el TNI (Transnational Institute) o FIAN.

La pesca como forma de vida

Este último año he estado trabajando en un barco de bajura que se dedica a la pesca de pulpo mediante nasas para poder conocer de primera mano lo que defendemos. Como sucede con la agricultura y la ganadería, la pesca es una forma de vida.

Hay muchas cosas que deben cambiar para que este oficio pueda ser atractivo para personas jóvenes y tener relevo, empezando por un sueldo digno y la disminución de carga de trabajo en horas. Actualmente, si estudias algo en relación con la pesca, lamentablemente, está más enfocado

a la pesca y la acuicultura industrial. Los gobiernos e instituciones deberían hacer una fuerte apuesta por la pesca artesanal, siempre teniendo en cuenta la capacidad de carga de cada zona.

Las cofradías y las cooperativas de pesca o marisqueo son un elemento esencial. Son nuestras formas tradicionales de organización; algunas funcionan muy bien, con personas muy activas y que realizan proyectos muy interesantes. La entrada de gente joven en estas estructuras debería ser un punto clave porque es muy necesario recibir nuevas ideas y nuevas energías. Desafortunadamente, es muy raro encontrar menores de 30 años en funciones técnicas o en los patronatos, muchas veces porque no se amplía el número de plazas en las cofradías debido al limitado presupuesto con el que cuentan. También existen cofradías cuyos miembros no son participativos y donde apenas hay movimiento, lo que genera malestar en el sector y, en consecuencia, peores condiciones de trabajo. Las mujeres tienen un papel fundamental en muchas cofradías del Estado español (como patronas de la cofradía o biólogas) y la lucha por la visibilidad y la mejora de sus condiciones está siendo muy importante para acabar con la desigualdad en cuestión de género.

En agricultura, la revolución verde agotó la fertilidad de la tierra y destruyó formas de vida. Por desgracia, lo que ocurre en el medio marino (y en los ríos y lagos), a veces solo se percibe desde las costas y los barcos, pero podemos decir que se trata de un proceso análogo. Grandes buques pesqueros que esquilman los recursos y los ecosistemas, grandes intereses económicos, políticas que no favorecen a quienes durante generaciones han podido vivir de la pesca cuidando sus territorios y alimentando a sus pueblos. Ya es tiempo de que nos unamos y actuemos.



Este artículo cuenta con el apoyo de la Fundación Rosa Luxemburgo

Marcos Santamaría
<https://worldfishers.org/>

PARA SABER MÁS

—Sobre economía azul y acaparamiento de océanos: <https://www.tni.org/es/colecci%C3%B3n/acaparamiento-de-océanos>

—Agroecología y soberanía alimentaria en la pesca a pequeña escala: http://worldfishers.org/wp-content/uploads/2018/04/WFFP_AGROECOLOG%C3%8DA.pdf

Guillem Caballero
y Kike Molina

VISITAS
DE
CAMPO

¿Hacia dónde camina

el Valle del Jerte?

APORTES DESDE LA COMUNIDAD
AGROECOLÓGICA DEL NORTE
DE EXTREMADURA

Parcela en ecológico al inicio de la primavera. Se puede observar la distribución en minifundios aterrazados. Foto: Guillem Caballero

Un territorio que encara una crisis multidimensional –ambiental, social y económica– debe decidir cuáles son sus siguientes pasos. Con base en dos investigaciones¹ realizadas durante 2018 y 2019 y desde la implicación activa en diversas iniciativas, veremos qué escenarios se plantean y cómo la comunidad agroecológica local va abriendo e imaginando nuevos caminos.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? La Extremadura saqueada

Empezamos nuestro andar situándonos en un territorio rural, flanqueado de verdes laderas aterrazadas y (des)organizadas en pequeñas parcelas. El sol calienta, pero el aire corre generosamente, el agua ha ido dibujando escarpadas gargantas y fluye hasta acabar en el

río Jerte, si es que queda alguna fuente que no se haya secado por este largo verano climático. Estamos en el norte de la, aún, *Extremadura saqueada*, título del libro que hace cuatro décadas coordinara José Manuel Naredo para denunciar la disciplina y el extractivismo al que se venía sometiendo al campo extremeño; una denuncia que no ha servido para revertir los procesos de

1. Caballero Lorite, G. (2018). *Aproximación a la diversidad de agroecologías en el norte de Extremadura* [Trabajo Final de Máster].

Universidad Internacional de Andalucía, Baeza. Molina Merino, E.S. (2019). *El Valle del Jerte en la encrucijada: pasado, presente y futuro de la comarca desde una perspectiva agroecológica* [Trabajo Final de Máster]. Universidad Internacional de Andalucía, Baeza.

“ Nos encontramos con el riesgo de una transición ecológica conducida por el agronegocio tras una fachada verde. ”

desposesión y expolio. Por el contrario, durante este tiempo se han profundizado las relaciones de intercambio desigual de Extremadura bajo el proceso de globalización neoliberal. Estamos en una comunidad autónoma rica en recursos naturales que funciona como una región económicamente periférica especializada en la extracción de biomasa agraria bajo el modelo de «campamento minero»: extraer y extraer sin que se sienten bases para una economía propia.

Debemos saber que paseamos por una región que se encuentra amenazada por la despoblación y que comparte los demás malestares que aquejan al mundo rural del Estado español. La población envejece y las personas jóvenes con formación emigran a otras zonas con mayor perspectiva laboral. En el periodo 2011-2017, 14.000 jóvenes emigraron y cada mes se van al menos 200 de entre 20 y 39 años, según datos de la Junta de Extremadura. Además, esta comunidad autónoma está catalogada como la región menos desarrollada (el PIB se encuentra por debajo del 75 % de la UE27), tiene la tasa de riesgo de pobreza más alta del Estado (44,3 %) y un paro juvenil que llega al 45,4 % de media y sube hasta el 59,2 % entre las mujeres. En todo caso, se trata de trabajo, a su vez, precario, ya que el 95,2 % es temporal. A veces, más que caminar por lindos parajes nos parecerá que navegamos en un mar de incertidumbre.

A este paisaje debemos sumarle los riesgos que supone el cambio climático para la región: se pronostica un aumento de las temperaturas entre 2,5 y 3 °C en los próximos 30 años, se alargarán los veranos y se desplazarán los inviernos y habrá una alteración en el ciclo de lluvias, reduciendo

en un 50 % las precipitaciones. Los daños que van a dejar situaciones como la actual escasez de lluvias en el Valle del Jerte aún son difíciles de comprender. La amenaza es terrible para un territorio que depende de la agricultura, es decir, del clima. Además, el imperativo capitalista sigue dibujando una huida hacia adelante mediante la intensificación en los cultivos, la especialización en monocultivos y la exportación hacia mercados cada vez más lejanos (el nuevo reto es China, Taiwán y otras plazas del este asiático). Así es como se asientan las bases de la insostenibilidad que conduce hacia una encrucijada social, económica y ambiental.

La «modernización» del Valle del Jerte: Un paseo entre calles de cerezos en flor

Para entender las transformaciones recientes en el paisaje y la agricultura del Valle del Jerte hemos de emprender un recorrido que comienza con las desamortizaciones del siglo XIX, que pusieron fin a las estructuras comunales del territorio valxeritense, y sigue con el impulso cooperativo que se dio en la comarca durante el siglo XX. Antes de las desamortizaciones, en el Valle del Jerte podía encontrarse una diversidad de cultivos, pastos y bosques que permitían una economía de subsistencia en la región, donde ya se cultivaba el cerezo, pero no dominaba el paisaje como en la actualidad. Después, el gran impulso cooperativo que tuvo lugar a partir de la década de los sesenta del siglo pasado (aunque la primera cooperativa data de los años treinta) permitió la llegada de los productos del Valle del Jerte a los mercados de los centros económicos del Estado español antes que los productos de otras regiones, ofreciendo a la comarca una ventaja competitiva con la cereza como producto estrella e introduciendo a los agricultores del Valle del Jerte en una lógica de búsqueda del aumento de la renta agraria a través de la especialización en este valorado fruto.

La agricultura familiar se estabilizó alrededor del cerezo, dejando en gran medida de lado a la ganadería (sobre todo caprina), y se acentuó por las grandes enfermedades en otros cultivos importantes como la castaña y la vid. Más tarde, durante el periodo 1980-2010, ocurrieron una nueva oleada de transformaciones en el Valle del Jerte que desembocaron en la inserción de la comarca en el sistema agroalimentario



Pilón de compost compartido realizado en las Casas del Castañar. Foto: Guillem Caballero

globalizado. El salto de escala llegó con la creación de una cooperativa de segundo grado (La Agrupación de Cooperativas del Valle del Jerte) y la implementación de varias innovaciones tecnológicas y empresariales: se introdujo el frío en la poscosecha para alargar la vida útil del fruto, se hizo una reconversión varietal según las demandas del mercado, se creó la marca Valle del Jerte a través de la denominación de origen de las picotas, la variedad autóctona de cereza. Además, se aplicó un paquete de medidas propias de la Revolución Verde (fertilización química, pesticidas y herbicidas, variedades comerciales) y se adaptaron los manejos a los requerimientos de los mercados globales.

Todas estas transformaciones han conducido a un modelo de agricultura familiar basado en la exportación de un monocultivo. La Agrupación de Cooperativas del Valle del Jerte está integrada por aproximadamente 3500 agricultores y agricultoras que comercializan en su conjunto aproximadamente 20.000 toneladas de fruta al año. De estas 20.000 toneladas, 17.000 (el 85 % del total) son de cereza, de las cuales el 70 % están destinadas a la exportación.

Recientemente ha quedado patente que el modelo de desarrollo local, basado en la rentabilidad de la cereza, se encuentra en crisis. La oferta en el mercado mundial de la cereza ha crecido un 43 % en los últimos 55 años debido a la aparición de nuevas zonas productoras con menores costes

de producción. Esto ha generado un aumento de la competitividad y una bajada en la rentabilidad de la cereza del Valle del Jerte, a lo que hay que sumar los altos costes de producción que van en alza. La modernización y la especialización agraria impulsadas por el movimiento cooperativo valxeritense durante el siglo XX salvaron a sus pueblos de la despoblación, pero ¿volverá a dar resultado ahora?, de no ser así, ¿qué otras estrategias son válidas para transitar hacia un modelo productivo económicamente viable, ecológicamente sostenible y socialmente justo?

Y ahora, ¿qué camino tomamos? Andaduras de la comunidad agroecológica

Ante la crisis multidimensional de la agricultura familiar en el Valle del Jerte, tres son las rutas (ideales) que se dibujan para las familias agricultoras de la comarca: (1) La intensificación capitalista, es decir, el aumento de la producción y la exportación a costa de aumentar el deterioro ecológico; (2) la recampesinización agroecológica, basada en la búsqueda de autonomía con respecto a los mercados globales a partir de la agricultura ecológica y los circuitos cortos de comercialización, y (3) la desactivación y abandono de la actividad primaria. Dentro de la ruta de la recampesinización se encuentra la comunidad agroecológica del norte de Extremadura, trazando posibles caminos a seguir. Una comunidad

viva con una alta densidad de redes de cooperación que tejen solidaridades, producciones, transformaciones y saberes en el territorio.

La actitud frente al mercado de quienes se dedican a la agricultura pasa por una diversificación de estrategias para adaptarse a la fuerte presión que este ejerce. Es difícil evadir los canales tradicionales del Valle cuando la producción de cereza es elevada y el comercio y consumo local tan escasos. A pesar de ello, hay un interés generalizado en el desarrollo de canales alternativos y se está trabajando en la búsqueda de innovaciones en la distribución y comercialización de fruta ecológica con fórmulas cooperativas renovadas. A fin de cuentas, es difícil desprenderse de la dependencia en un monocultivo, aunque persiste la memoria de unos manejos tradicionales —no tan lejanos— con diversidad en los cultivos y en los usos ganaderos y forestales del territorio.

Igual de complicado es romper con ciertos patrones culturales que, como la tierra, se heredan de generación en generación. Las mujeres y las personas jóvenes, que hasta ahora habían tenido un papel secundario (o más bien invisible) en la comunidad agroecológica, actualmente aportan propuestas diferentes, apuestan por una mayor diversificación en los cultivos, dan más importancia a la transformación de productos, participan activamente en la construcción de canales alternativos y se implican en las estructuras de toma de decisiones.

Hoy en día, uno de los vectores más importantes de transformación en el territorio es la asociación Tierra Sana, que aglutina a una base de productoras con fines agroecológicos. A través de ella se facilitan los canales de intercambio de experiencias, con metodologías como la de «campesino a campesino», diseminando los conocimientos de forma horizontal y aprendiendo del ejemplo. Estos productores y productoras buscan promover una economía social y solidaria afianzada en el territorio, y contribuir en el camino a la soberanía alimentaria y el derecho a la alimentación de todas las personas del Valle del Jerte y comarcas aledañas mediante el fortalecimiento de la economía local con renovadas formas de cooperación desde la base.

Las piedras en el camino

En todo camino hay obstáculos. En nuestro caso, nos encontramos con el riesgo de una transición ecológica conducida por el agronegocio

tras una fachada verde. La creciente sensibilización hacia el sector «eco» por parte de la administración y de la sociedad ha generado un aumento significativo de fincas en conversión a ecológico, más de 50 solicitudes solo en el Valle en este último año. Este cambio puede traer aportes interesantes en los manejos de suelo, agua y fertilidad, reduciendo el impacto de los actuales fitosanitarios, tóxicos para el medio ambiente. A pesar de ello, este incremento no viene acompañado de cambios estructurales en las formas de cooperativismo ni representa un giro hacia otras economías y mercados más justos para las productoras. De esta manera, se puede llegar a una agricultura ecológica de mano de «expertos», centrada en la sustitución de insumos sin tener en cuenta el cierre de circuitos energéticos y materiales, manteniendo las actuales erosiones de los elementos fondos del ecosistema que permiten la reproducción de la vida en la comarca.

Para evitar tropezar con esta piedra (o más bien pedrusco) es necesario explorar nuevos modelos de gestión del territorio guiados por un refortalecimiento del cooperativismo de base e introducir conceptos como la custodia del territorio, convirtiendo a las propias agricultoras en las cuidadoras del medio ambiente mediante buenas prácticas en finca que favorezcan la biodiversidad. Queremos abrir nuevos imaginarios en la gente y generar modos de vida atractivos para jóvenes y mujeres. Se trata de mujeres que sufren una triple opresión —por ser mujeres, rurales y extremeñas— y de una población joven altamente formada que viven precariamente en ciudades sin la oportunidad de volver y desarrollar sus intereses profesionales. Consideramos imprescindible el fomento de una cultura con raíces críticas que se alimente de las tramas de vida que componen este paisaje. Solo si logramos imaginar nuevos mundos podremos llegar a construirlos.

Guillem Caballero

Graduado en Biología y máster en Agroecología.
Integrante de Tierra Sana

Kike Molina

Graduado en Ciencias Ambientales y máster en Agroecología. Miembro del área de Agroecología, Soberanía Alimentaria y Medio Rural de Ecologistas en Acción

Traemos este decálogo de medidas frente a la crisis del monocultivo del cerezo en el Valle del Jerte como guía de propuestas para afianzar el futuro de la agricultura local

- 1 Cooperativismo. Ir más allá de fórmulas jurídicas: que actores sociales, preocupados por salud o educación se involucren en otro sistema agroalimentario más local
- 2 Diversificación hacia lo ecológico. Los monocultivos convencionales son frágiles desde el punto de vista económico y ambiental
- 3 Otra distribución es necesaria. Modificar, saltar o *hackear* la gran distribución.
- 4 Transformación. Producir más y mejor, producir otras cosas, añadir valor con miniindustrias.
- 5 Promoción de la agricultura que cuida territorios y variedades autóctonas [picota en el caso de la cereza].
- 6 Otras políticas públicas que apoyen a la pequeña producción y leyes de venta directa e inversión en logística necesaria.
- 7 Administraciones implicadas en un consumo público y local. Soberanía alimentaria, social y política.
- 8 Exenciones fiscales para productos sanos y saludables, como servicios a la salud y al medio ambiente.
- 9 Planes de investigación y formación específicamente dirigidos a la conversión hacia sistemas agroalimentarios más diversificados, más locales, más sustentables
- 10 Derecho a la alimentación como derecho básico. Comemos tres veces al día: todo el mundo tiene que hacerlo y además de forma que nos alimente.

*Inspirado en Ángel Calle, «Diez medidas frente a la crisis del monocultivo de la cereza»,

El saltodiario.es [<https://www.elsaltodiario.com/saltamos-extremadura/>

10-medidas-frente-tesis-crisis-monocultivo-cereza-extremadura]

Patricia Dopazo Gallego



Entrevista a Lucía Camón, de Pueblos en Arte

«En un sitio tan grande era complicado encontrar un cambio, decidimos buscarlo alejados de la ciudad. Nos dirigíamos a un pequeño pueblo situado en Aragón sin saber lo que allí nos encontraríamos. Sin duda, esta sería una experiencia diferente». Es la voz en off del documental *Sonando un lugar*, rodado a lo largo de siete años, los que han pasado desde que Lucía, Alfonso y su hija Greta se mudaron a Torralba de Ribota y pusieron en marcha del proyecto Pueblos en Arte. Se colocaron delante y detrás de las cámaras para tratar de entender el territorio que les acogía y para registrar la evolución de su vida personal y profesional. Porque ¿cómo se sigue trabajando el arte en este nuevo contexto? Con dificultades, seguro, pero han sabido hacer que el arte sea permeable, que escuche, se adapte y permanezca atento a lo que sucede, alejado de la neutralidad.

En Torralba de Ribota, un pueblo al borde de la N-234 coronado por su iglesia, una joya del mudéjar; viven poco más de un centenar de personas. «Aquí encuentras los contrastes de la meseta y los secretos escondidos de una tierra despoblada y antigua», dice Lucía. Pertenece a la comarca de Calatayud, una tierra llena de balnearios, ríos subterráneos, huertas y desiertos.

Nos encontramos con Lucía en uno de los actos de presentación de la película que últimamente les hacen salir del pueblo más a menudo, para verlo desde fuera, para regresar después. Nos cuenta que están arreglando una parte de la casa para crear un espacio destinado a aquellas personas que pasan temporadas en el pueblo desarrollando proyectos creativos. También está a punto de publicar su segundo libro de poesía, donde se plasman estos años de cambios.

¿Cómo ha cambiado la vida en Torralba tu forma de mirar el mundo?

Noto que han cambiado las prioridades, pero no solo por la vida en el pueblo, sino también por la maternidad y por el proyecto. En mi caso, estar en un pueblo me ha ayudado a vislumbrar mejor lo que me gusta hacer, lo que quiero hacer; a veces en las ciudades hay muchos deseos que te generan confusión, el mercado, la vida social que llevas, todo lo que surge alrededor. De repente, necesitas muchas cosas. Todo eso se ralentiza, ahora mis prioridades están más vinculadas con la tierra. Antes eran unos deseos más relacionados con el arte, con esa belleza inalcanzable; ahora están más agarrados al territorio, que también tiene que ver con florecer y con el arte, pero es algo más cercano, o yo lo siento así.

¿Qué es para ti el arte?

Es una conexión con algo desconocido, como si fuera un río que va por debajo, con el que me conecto y consigo crear, decir, escribir, pensar cosas nuevas que hacen que me transforme, yo misma primero y los que están a mi alrededor después. Son esas cosas que suceden gracias a una poesía, a un encuentro o a un proyecto artístico que no esperábamos y que de pronto conecta dos mundos. Todo eso creo que tiene que ver con ese río que está ahí y va creando ese camino que para mí es el arte, que está claro que tiene que ver con la belleza, con cambiar el mundo y con el pensamiento.

¿Qué sería entonces Pueblos en Arte?

Siguiendo con la misma metáfora, Pueblos en Arte sería un campo listo para sembrar, una tierra trabajada, fértil, en la que empiezan a pasar cosas y empieza a surgir la vida. Hemos tratado de abrir las puertas, trabajar por que haya una mentalidad más abierta, mejorar los espacios y que todo vaya sumando para convertir el lugar en que vivimos en un lugar en el que suceden actividades culturales. Puede parecer fácil, pero no lo es. Había muy pocas actividades relacionadas con la cultura cuando llegamos, aparte de las fiestas patronales.

Cultura, arte, ocio..., ¿cuál es para ti la diferencia?

Todo se mezcla. En la película se dice que los hombres ya no van juntos al campo. Antes en los

pueblos muchas actividades se hacían en comunidad por pura necesidad (la siega, las matanzas, etc.). Ahora hay muy pocos motivos para juntarse, también en las ciudades, entonces yo creo que la cultura se ha convertido en un punto de encuentro, hace comunidad y eso es muy necesario. Pero luego, además del encuentro, sucede un pequeño cambio, una reflexión. Ha habido momentos en mi vida en los que me he quedado fascinada delante de una obra y creo que el arte debe tener esta función transformadora. Ahí entran ya los programadores y las personas que nos dedicamos más al arte, para traer cosas que tengan que ver con la realidad que vivimos. No van a ser las mismas actividades en el centro de Madrid que en Torralba, son necesarias ciertas sensibilidades para saber qué cosas pueden conectar con un lugar y su gente. A mí nunca me ha gustado decir «esto es o no es arte»; busco las cosas que me gustan y me muevo siempre por intuición.

¿Qué ofrece Pueblos en Arte a Torralba?

Bueno, todo ha ido surgiendo. Empezamos a rodar la película y a preguntar a la gente. Recuerdo que el tío de Greta había estado allí trabajando un tiempo en unos cuadros en los que salían cosas del pueblo, y organizamos una exposición en las escuelas. También programamos alguna proyección, un recital de poesía con Alfonso tocando la guitarra eléctrica, alguna residencia artística, actuó una bailarina... Partíamos de lo que teníamos, de lo que somos; en ese sentido fue muy honesto, muy poco a poco. Yo creo que a Torralba le proporciona una nueva puerta de entrada, un trájín de gente que antes no existía. Y aporta dos cosas esenciales: gente joven con niños y niñas viviendo en el pueblo en invierno y el cuidado que tenemos hacia la comunidad, que es gente mayor. Eso creo que hay que valorarlo. Es una dosis de ilusión, un motor.

Ese cuidado hacia la gente del pueblo que se ve en la película ¿ha sido recíproco? No siempre es sencillo relacionarse con personas que vienen de la ciudad, de otros contextos.

Yo siempre me he sentido muy cuidada por la gente mayor. A pesar de tener la casa de mi bisabuela, no conocía a nadie del pueblo. Empezamos desde cero. Recuerdo al principio, cuando no había nadie joven y Greta era

Lola Vicente-Almazán y Mónica Herrera Gil

pequeña, que me sentaba muy a menudo a jugar a las cartas con ellos. Pero hay mucha gente que llega al pueblo, compra una casa y no establece vínculos. Depende de la forma de ser de cada uno. El objetivo de Pueblos en Arte es trabajar con la gente. Son territorios con una herida, porque han estado abandonados mucho tiempo, en todos los sentidos: mediático, cultural, turístico..., por eso creo que el arte es un camino. Si hubiera voluntad institucional, invertir en esto tendría efectos muy positivos en la comunidad, con muy poco se conseguiría mucho: ilusionar, abrir las puertas, dar una oportunidad a lo nuevo... Creo que hay que hacer un trabajo de cura, porque esa herida está; si la obvias, te la vuelves a encontrar todo el rato. Llegas con ideas nuevas y piensas que nadie puede decir que no a eso, pero primero hay que conocer lo que pasa en el lugar, escuchar a la gente, sentarse con ella...; pero llegas con el ritmo de la ciudad, con prisas, y no lo haces. Son lenguajes urbanos, hay que respetar los ritmos y adaptarse.

¿Cuál ha sido la parte menos amable de la llegada al pueblo?

En las ciudades es difícil convencer a las instituciones de que lo que tú haces es interesante, y en los pueblos también, pero no se valoran igual este tipo de acciones. Dicen que la cultura en lo rural es un lujo, que está en el último lugar en cuanto a la financiación, entonces es costoso conseguir ayuda. La película nos está sirviendo bastante para explicar cómo se puede usar todo esto, que es una herramienta de cambio muy potente. Es importante generar redes para trabajar en este aspecto. Y, por otro lado, aunque venga más gente al pueblo, la nueva comunidad no es idílica, te creas muchas expectativas y no te llevas bien con todo el mundo. No porque vengamos mucha gente de fuera vamos a ser superamigos y esto va a ser superbonito. Generar una comunidad es difícil en todas partes. Eso es quizá lo que más me ha costado, no idealizar esa comunidad fuera de lo urbano.

En 2019 habéis celebrado la segunda edición del festival Saltamontes. ¿Se ha notado la implicación de la comunidad?

Para mí, un festival no tiene sentido si no está implicada la comunidad, sería imponer algo en un territorio que simplemente hace de decorado. Una de las cosas más bonitas que han sucedido en

la segunda edición del Saltamontes es que la gente del pueblo ha participado mucho. Han hecho suya la fiesta. Para mí era importante que hubiera una parte en la que se pudieran ver las tradiciones y los valores propios, como el recital de las mujeres del pueblo; ellas quieren enseñar lo que hacen. Deben tener ese espacio. El domingo por la tarde ya se había ido la gente de fuera y nos quedamos los del pueblo e hicimos una sesión más nuestra, donde pedíamos deseos para Torralba. Fue un rato para acercarnos entre nosotros, porque en realidad lo que cuenta es el encuentro: entre la gente del pueblo, la que viene al festival y los artistas. Eso es muy potente. Luego preguntamos siempre a cada persona qué les ha parecido. Lo que es un reto es la participación de los hombres, tardan un poco más en abrirse.

¿Cómo conviven vuestras propuestas artísticas y culturales con los saberes del lugar, que están en riesgo de perderse?

Ese debería ser nuestro siguiente paso, si tuviéramos posibilidades. Ese material propio podría trabajarse y luego exponerse en los pueblos de alrededor; todo lo que hacemos tiene que ver con el territorio, bebe de ahí, de toda esa sabiduría. Pero necesitaríamos un programa de residencias para que un grupo de artistas pudiera estar meses trabajando en ello. Hay que buscar la manera. Utilizar el arte como altavoz es uno de los objetivos de Pueblos en Arte: que el arte contemporáneo utilice ese material, lo visibilice, lo reinvente. Así se pondría en valor la riqueza del pueblo y se ayudaría a curar la herida de la que hablábamos. Por ejemplo, habría que pensar por qué no se abren todas las casas cerradas, con sus recuerdos, y por qué no quieren desprenderse de ellas o cederlas temporalmente.

Pienso también en la colaboración entre la psicología y el arte, el arte como curativo, incluido en la *performance* mágica que sería el festival ideal, donde todo el mundo interactúa porque se siente parte de él. Como artistas, podemos aportar nuestro trabajo, pero quedan muchas cosas por hacer desde muchas disciplinas. Hay que mantener y recuperar estos saberes tradicionales por pura supervivencia.

Patricia Dopazo Gallego
Revista SABC

La transición hacia otro sistema alimentario

ALGUNOS RETOS Y APRENDIZAJES DE LAS INICIATIVAS EN MARCHA

En distintos lugares repartidos por el Estado español hay personas que se están organizando desde hace mucho tiempo en torno a iniciativas que podrían denominarse de forma académica como Sistemas Alimentarios Territorializados¹ (SAT). Se trata de experiencias que reúnen un triple criterio de proximidad a lo largo de la cadena alimentaria:

- Apuestan por la producción primaria local.
- Enlazan la producción primaria y la industria agroalimentaria.
- Acercan la producción y el consumo a través del fomento de los canales cortos de comercialización.

Su existencia demuestra que la transición alimentaria está en marcha y que el sistema convencional ha colapsado; sin embargo, es preciso preguntarse acerca de su viabilidad y de las problemáticas que afrontan estos proyectos (huertas, cooperativas de consumo, restaurantes, obradores, mercados agroecológicos, etc.).

1. Los SAT son un «conjunto de ramas agroalimentarias conformes a criterios de desarrollo sostenible, localizadas en un espacio geográfico de dimensión regional y coordinadas para una gobernanza territorial» (J.L. Rastoin, 2016. Los sistemas alimentarios territorializados: desafíos y estrategia de desarrollo. *Sistemas Alimentarios territorializados en Costa Rica. Journal Resolis*, 10, p.13.)

Un camino plagado de obstáculos
Pese a que muchas de ellas son casos de éxito y tienen un alto potencial de replicación, lo cierto es que en general las iniciativas SAT presentan algunos problemas comunes:

En primer lugar, suelen ser iniciativas poco conocidas, incluso entre ellas mismas. Cada territorio cuenta con diversas formas de articulación local que tratan de dar fuerza a las experiencias y aglutinar esfuerzos para allanar los posibles obstáculos. Los Sistemas Participativos de Garantía serían un ejemplo. Hasta la fecha se han llevado a cabo pequeños trabajos de identificación y de coordinación, pero no se ha hecho una labor exhaustiva para explorarlas, trabajar en red e indagar sobre las herramientas necesarias para su multiplicación. Para dar visibilidad al movimiento de transición que está en marcha en el ámbito estatal, varias organizaciones² han trabajado en el último año y medio en la identificación y el mapeo de las iniciativas existentes.

Otra de las principales dificultades que encuentran estos proyectos es alcanzar la

2. El Centro de Estudios Rurales y de Agricultura Internacional (CERAI), con la colaboración de la Fundación ACM, Mensa Cívica y la entidad francesa RESOLIS, y el apoyo de la Fundación Daniel y Nina Carasso, ha llevado a cabo una sistematización de 100 iniciativas SAT en el territorio español, que apuestan por una alimentación local y sostenible. El estudio se ha publicado en 2019: <https://cerai.org/publicaciones-de-cerai/100-iniciativas-sat/>



Ramats al Bosc.
Foto: CERAI

sostenibilidad, no solo económica sino también personal. El desarrollo de herramientas de apoyo en esta línea se hace necesario y en este ámbito destaca el trabajo impulsado por URGENCI y Ecologistas en Acción³ para buscar de forma colectiva estrategias efectivas para compaginar la vida personal y laboral de una manera sostenible.⁴ Algunas iniciativas, como Terra de Pa en València o Apeztegierriko Denda en Jauntsarats (Navarra), han dedicado espacio y reflexión a la incorporación de los cuidados en el día a día, poniendo en valor el hecho de cuidar a las personas que forman parte del equipo de trabajo como un elemento tan imprescindible como la viabilidad económica. Es necesario poner de relieve que para valorar la sostenibilidad de estas iniciativas se debe considerar no solo su éxito económico, sino también sus impactos positivos, dado que no solo generan beneficios propios si su actividad económica funciona, sino que benefician en gran medida al entorno y a la economía local del territorio donde se ubican, que generalmente es rural.

En tercer lugar, una amenaza más que se debe considerar es el creciente interés de la gran industria por el sector ecológico. Las pequeñas

3. Red de Agroecología en Acción: <http://agroecored.ecologistasenaccion.org/>

4. Encuentros ¿Nos sostenemos?: Octubre 2018 - sobre la viabilidad de proyectos agroecológicos: <http://agroecored.ecologistasenaccion.org/2018/10/encuentro-nos-sostenemos.html>

ras, apuestan por diferenciarse y poner el foco en los valores de la pequeña producción: calidad del producto, cuidado del medio ambiente, desarrollo local, confianza, trato cercano, bienestar animal, etc. El apoyo de los movimientos sociales locales es fundamental.

Finalmente, existe una clara brecha entre la gestión política alimentaria y el sector de la pequeña producción-transformación-distribución. A pesar de que en los últimos años se han puesto en marcha distintos procesos participativos en relación con la gestión del sistema alimentario en algunos municipios del Estado español, son muy pocas las iniciativas que participan en las estructuras públicas de participación creadas por las administraciones (Consejos alimentarios, procesos de creación de estrategias alimentarias, etc.). Estos espacios revisten cierta importancia por su potencial para generar redes de apoyo efectivas que generen soluciones a las principales problemáticas compartidas. En este sentido, cabe valorar como positiva la existencia de entidades y organizaciones sociales que llevan a cabo proyectos de apoyo al sector productivo y de transformación, y que pueden servir de puente entre los procesos impulsados desde lo público y el trabajo local desarrollado por las iniciativas.

El camino hacia una verdadera transición agrícola y alimentaria

El proceso de transición agroalimentaria arrancó de manera decidida en el ámbito estatal

iniciativas no pueden competir en precio y visibilidad con los productos ecológicos que cada vez están más presentes en los lineales de grandes supermercados. Relacionado con esto, se destaca la importancia de elaborar una buena estrategia de comunicación. Sin embargo, a menudo la comunicación tanto interna como externa es deficitaria y no alcanza sus objetivos. Para llegar a las personas consumidoras,

en 2015, fruto entre otras cosas, del lanzamiento a escala global del Pacto de Políticas Alimentarias Urbanas de Milán. Varias ciudades como València, Zaragoza, Valladolid, Madrid o Barcelona ya han puesto en marcha procesos de análisis y propuestas de acción para mejorar la alimentación de la ciudadanía. El surgimiento en 2016 de la Red de Ciudades por la Agroecología también ha permitido a las entidades locales abordar los procesos de transición alimentaria de forma compartida.

Pero para hacerlo realidad, es necesario que las Administraciones públicas se involucren y que favorezcan cambios normativos para que la legislación se adapte a la realidad de las pequeñas iniciativas del sector agroalimentario. En el Estado español, varias entidades están trabajando en la incidencia política, favoreciendo avances en distintas políticas locales que han permitido la flexibilización de la normativa higiénico-sanitaria, la adaptación de las guías de buenas prácticas en la transformación, la creación de obradores compartidos, etc. También es necesario acompañar de manera práctica a las iniciativas ya existentes para que puedan consolidarse y escalar su modelo.

Sin duda, **estamos ante un momento crucial para consolidar el camino emprendido**. El cuestionamiento del sistema agroalimentario establecido no tiene vuelta atrás, y está en nuestras manos trabajar para que las iniciativas en marcha sean sostenibles y puedan vivir dignamente con su trabajo. Es una responsabilidad de todas no dejar nuestra alimentación en manos de las grandes corporaciones y apostar de forma decidida por las personas y los territorios que están haciendo realidad la transición hacia un modelo agroalimentario productivo y sostenible.

Lola Vicente-Almazán
y Mónica Herrera Gil

Técnicas en Dinamización Agroecológica en
CERAI

Maskilu Kontserbak

En **Zeberio, Bizkaia**, varias personas –la mayoría productoras de alimentos– conformaron una asociación a través de la cual han puesto en marcha y autogestionan un obrador colectivo donde transforman sus productos de una manera artesanal y agroecológica. **Maskilu Kontserbak** fue la iniciativa seleccionada en el proyecto Nekazalgunea para la dinamización del primer sector, promovido por el Ayuntamiento de Zeberio en el otoño de 2013. Actualmente, la conforman alrededor de 14 proyectos que elaboran sus propias conservas con los alimentos que cultivan y, además, ofrecen el servicio de elaboración y transformación a otras productoras no socias.

ACTYVA S. Coop

Otro lugar en lucha por transformar las cosas se encuentra en **Extremadura**, donde se ha conformado la cooperativa integral **ACTYVA S. Coop.**, una comunidad que dinamiza la economía local trabajando en diversos ámbitos y sectores: producción hortícola, artesanía alimentaria, innovación social y educativa, salud y beneficios ambientales. Su local se encuentra en la ciudad de Cáceres, pero el paraguas que conforma tiene un radio mucho más amplio. Usan en gran medida su moneda social, los candiles, se hacen préstamos internos dentro de la cooperativa y se apoyan para que cada uno de los proyectos salga adelante y para integrar a más personas con ganas de poner en marcha nuevas propuestas.

Ramats al Bosc

En **Girona, Catalunya**, se sitúa **Ramats al Bosc**, una iniciativa de la asociación La Gaiata, impulsada en 2009 por personas vinculadas al sector agroforestal. El proyecto está impulsado principalmente por Eduard Balsells y sus 180 ovejas (y algunas cabras), que son quienes hacen el trabajo de mantener limpias las zonas verdes y los montes por donde pasan. Eduard es el pastor y quien se encarga de las gestiones con la administración para firmar convenios de mantenimiento del sotobosque como medida para la prevención de los incendios forestales, además de la comercialización de corderos para carne. De esta manera, la asociación integra el oficio de pastor en la gestión del territorio, comercializa quesos y carne de buena calidad, y completa su labor con actividades formativas y de sensibilización.

David Algarra

PALABRA
DE
CAMPO

RESEÑA DE
COSTUMBRES EN COMÚN.
ESTUDIOS SOBRE LA CULTURA
POPULAR,
DE E. P. THOMPSON

La necesidad de la autoorganización democrática del pueblo

La editorial Capitán Swing ha publicado este año la obra *Costumbres en común. Estudios sobre la cultura popular*, del historiador británico Edward Palmer Thompson, con una introducción del activista y licenciado en filosofía Julio Martínez-Cava.

E. P. Thompson seguramente es más conocido en España por su obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicada en 1963, que se centra en el proceso y la lógica de creación de la clase trabajadora durante los inicios de la época industrial. *Costumbres en común*, publicada mucho más tarde, en 1991, es la continuación de su emblemática obra e incorpora algunos artículos de la revista de

historia social *Past and Present*, publicación que fundó él mismo en 1952 junto con otros compañeros. Entre estos artículos se encuentra «La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», que vio la luz en el número 50 de la revista en 1971. Economía moral de la multitud que se ha convertido en uno de los conceptos clave de las ciencias sociales para explicar que no siempre la economía estuvo supeditada a la razón instrumental del libre mercado, sino que durante muchos siglos estuvo unida a la costumbre y a la ética de subsistencia de la comunidad.

Costumbres en común trata sobre la historia social de Inglaterra en un tiempo que

Thompson denomina época protoindustrial, poniendo en el centro la costumbre como motor de la resistencia de las clases populares a los cambios que se estaban produciendo; por ejemplo, la desposesión de los *commons* y los cercamientos de los *open fields*, como parte del proceso de acumulación originaria hacia el capitalismo, que ya había descrito Karl Marx en su obra *El Capital*. La importancia de la costumbre se evidencia a través de las palabras de la medievalista francesa Regine Pernoud cuando habla sobre la Edad Media y es extrapolable a cualquier sociedad consuetudinaria: «nunca se comprenderá lo que fue esta sociedad si se desconoce la costumbre, es decir,

este conjunto de usos nacidos de hechos concretos y que reciben su poder del tiempo que los consagra; su dinámica es la de la tradición: algo dado, pero vivo, no petrificado, siempre susceptible de evolución sin estar nunca sometido a una voluntad particular».

La costumbre es local y no se ha de confundir con la ley. La primera es un conjunto de usos nacidos desde abajo que, por su reiteración y prolongación, son adoptados por una comunidad como una norma que se transmite de una generación a la siguiente por tradición oral y que, como expresa la doctora en antropología Lidia Montesinos en su tesis doctoral *IRALIKU'K: La confrontación de los comunales*, está en constante adaptación según las necesidades de los vecinos, mientras que la ley emana de un poder central que se impone de arriba abajo y es, por naturaleza, escrita, fija y definida.

Como se evidencia en el libro, la costumbre en Inglaterra durante mucho tiempo tuvo prioridad frente al derecho territorial de la *gentry* o *common law*, un aspecto común a otros territorios, como por ejemplo en los distintos pueblos de la península Ibérica. El historiador de derecho Josep Maria Font i Rius apuntaba que hace siglos el derecho común de procedencia real o señorial ocupó un lugar secundario, prevaleciendo la costumbre de cada pueblo.

Costumbres en común describe, con numerosos ejemplos, la cultura plebeya defendiéndose de los malos usos. La multitud expresaba su desacuerdo mediante la fórmula: «es contrario al derecho, al uso y a la costumbre desde tiempo

inmemorial» y ponía en marcha mecanismos consuetudinarios para hacer frente a las injerencias de la cultura patricia y del individualismo agrario, la gran transformación polanyiana en ciernes. Thompson, en esta obra, considerada por Martínez-Cava como la más acabada del historiador británico, describe una cultura tradicional rebelde que se opone a las innovaciones económicas que iban en contra de la costumbre como los *enclosures*, el trabajo orientado al tiempo de reloj o la especulación sobre el precio de los productos básicos, como el grano o la harina.

Es un tiempo en el cual la multitud, que era definida por la élite inglesa como una bestia horizontal, se enfrentaba a los abusos de los ricos mediante la acción directa: destrucción de cercas, desperfectos en una fábrica, motines de subsistencia, iniciados en muchos casos por las mujeres, en los cuales se detenían carros de grano y se imponían precios populares, etc. Sabían que el éxito de sus acciones dependía de su inmediatez, antes de que llegaran las tropas, y el hecho de no pertenecer a una organización permanente, protegidos por el anonimato de la multitud organizada espontáneamente, dificultaba las medidas represoras de los gobernantes. Según objetaba Thompson, es reduccionista atribuir estas acciones solo al hambre, también hay que tener en cuenta la conducta según la costumbre de un lugar que legitimaba a actuar de ese modo: se estaban defendiendo derechos tradicionales, con el apoyo del consenso del común.

El libro explica también la cerrada, el escrache de

tiempos pasados, cuando algún vecino incurría en un acto contrario a la moral de la comunidad; por ejemplo, cuando un marido maltrataba a su mujer o la costumbre de la venta de esposas, que según Thompson nada tiene que ver con lo que aparenta y que en realidad era un subterfugio en forma de ritual para poner fin a un matrimonio por mutuo acuerdo entre los hombres y las mujeres de las clases populares, ya que el divorcio estaba solo al alcance de los más ricos.

Costumbres en común, una obra indispensable, que nos hace reflexionar sobre la necesidad de la autoorganización democrática del pueblo, basada en el principio de subsidiariedad con normas creadas desde abajo según el carácter cultural y la experiencia de cada comunidad local. Como el propio Thompson destacaba, «nadie puede imponer desde arriba una humanidad socializada», lo que se necesitan son mecanismos que provean circunstancias que promuevan el ser humano social, «que ayuden a la gente a construir su propia comunidad igualitaria a su propia manera».

David Algarra

Autor de *El común catalán*.

La historia de los que no salen en la historia.

info@elcomu.cat

Producir trigo y pasar hambre de pan

Jeromo Aguado

Dice Eduardo Galeano en su libro *Especios* que Bertrán de Born, señor de Perigorg, guerrero de brazo valiente, trovador de verso violento, definía así al campesinado a finales del siglo XII: «El labriego viene después del cerdo, por su especie y por sus maneras. La vida moral le repugna profundamente. Si por casualidad alcanza una gran riqueza, pierde la razón. Así, pues, hace falta que su bolsa esté siempre vacía. Quien no domina a sus labriegos, no hace más que aumentar su maldad».

Más cerca de nuestra época, un sector de la izquierda ilustrada de nuestro país definía así a las gentes de nuestros pueblos: «feos, pobres, tontos y de derechas; perfil no recomendado para hacer una revolución». Tal majestuosa definición olvidaba que los *paleos del campo* mantenían vivo el conocimiento imprescindible para hacer viable la vida en el planeta, esos saberes generados por diversidad de culturas para gestionar sustentablemente tierras y territorios y cuyo valor la izquierda nunca entendió. Más bien lo vio como un atraso y un inconveniente para el progreso. Quiso hacer la revolución sin tener en cuenta la naturaleza y la relación del ser humano con ella.

La derecha fue más eficaz, al mezclar conservacionismo con conservadurismo. La Guerra Civil y cuarenta años de fascismo a lo español cargaron sobre las espaldas del campesinado el sostén ideológico de una dictadura. La derecha fascista instrumentalizó el espíritu conservacionista de la gente del campo para que se sintiera políticamente conservadora, para defenderse del *rojerío que quemaba iglesias* y se apropiaba de las tierras para su posterior colectivización. Conservadurismo y conservacionismo, dos conceptos que aparentan significar lo mismo, pero que en lo más profundo del

ser humano campesino nada tenían que ver, salvo que se prestaban a revolver aguas para ganancia de los pescadores de siempre. Se interiorizó tan profundamente esta manipulación de los golpistas que durante gran parte de la posguerra las familias labriegas fueron capaces de seguir produciendo trigo y pasar hambre de pan, todo por *salvar la patria*.

Esta manipulación ideológica sirvió para tener una población rural sumisa, al servicio de los poderes del Estado, un paso fundamental para conducirnos a la sociedad del progreso sin límites, a costa del campesinado mundial y excluyendo del reparto de la tarta a la inmensa mayoría de la población, a la vez que destruye el planeta.

Dos reflexiones se hacen inminentes: ¿por qué una parte muy importante de la izquierda transformadora nunca entendió al campesinado?, ¿por qué la derecha tuvo tanta capacidad para manipular y poner de su lado a una clase que nada tenía que ver con la suya?

En estos momentos se nos vienen encima nuevas vueltas de tuerca en el acaparamiento de tierras, la intensificación de los sistemas productivos, la reducción sistemática de la población agrícola activa a golpe de tecnologías controladas por conglomerados multinacionales, el control de los mercados... Esperemos que la lógica conservacionista campesina, esa que siempre se opuso a un tipo determinado de progreso y que desarrolla, sin ser consciente de ello, verdaderas prácticas anticapitalistas, pueda ser clave en combatir lo que tenemos por delante.

Jeromo Aguado
Campesino anticapitalista

PARA HACER POSIBLE ESTA REVISTA, TE NECESITAMOS

Para pensarla y llenarla de contenidos; para abrir debates; para conocer y conectar iniciativas, colectivos y experiencias; para darle forma y color; para ponerla en rutas y caminos hasta tus manos... En definitiva, para que evolucione y se mantenga viva, necesitamos tu apoyo.

Una forma de colaborar es mediante una suscripción anual mínima de 35 € a cambio de la revista en papel. Además, te enviaremos de regalo un número de la hemeroteca. ¡Elige cuál te apetece leer! Pero hay más formas de apoyar este proyecto:



RIEGO

Aportación puntual desde 5 €



SEMILLA

Suscripción en papel. Recibe los próximos 4 números a partir de 35 € al año
Sólo envíos en el Estado español



RAÍZ

Hazte socia/o. Desde 50 € al año, recibe la revista en papel, accede a ofertas, participa en las asambleas y colabora en las decisiones del proyecto

Puedes hacer todo el proceso online a través de la web: www.soberaniaalimentaria.info/colabora/suscripcion

Para resolver cualquier duda sobre el proceso de suscripción, escríbenos a suscripciones@soberaniaalimentaria.info

¡Muchas gracias!

REGALA LA REVISTA



www.soberaniaalimentaria.info/regala

